



LA NECESIDAD DE INTERCULTURALIDAD Y LA
POSIBILIDAD DEL DIÁLOGO ENTRE CULTURAS:

ESCUELA DE TRADUCTORES DE TOLEDO

TRABAJO FIN DE GRADO

Alicia Cortés Cotán

Grado en Filosofía por Universidad de Sevilla

Tutor: Jesús de Garay Suárez-Llanos

Curso 2018/2019

ÍNDICE

La necesidad de interculturalidad y la posibilidad del diálogo entre culturas: Escuela de Traductores de Toledo.

• Resumen / Abstract	3
• Introducción	4
1. Interculturalidad: hacia una nueva configuración social.	7
2. La posibilidad del diálogo entre culturas en la Edad Media.	11
2.1. Edad Media: Lengua, cultura y religión.	12
2.2. Los probables inicios de la interculturalidad.	15
2.3. El diálogo entre culturas.	17
2.4. El Trujimán como inicio de la labor de traducción.	22
2.5. El proceso de traducción.	24
2.6. Precedentes del multiculturalismo: Bagdad en los siglos VIII – IX.	26

3. La transferencia de ideas y confluencia de culturas: Escuela de Traductores de Toledo.	30
3.1. Ciudad de Toledo.	32
3.2. Escuela de Traductores de Toledo.	34
3.2.1. Escuela de Traductores de Toledo como Institución: Debate sobre su existencia.	36
3.3. Las traducciones toledanas.	40
3.3.1. Avances en las traducciones toledanas: los comienzos de la traducción directa.	45
3.4. Domingo Gundisalvo: Ejemplo de interculturalidad en la Escuela de Traductores de Toledo.	47
4. La lengua materna como lengua científica: fin de las traducciones latinas.	50
5. Conclusiones.	53
<input type="checkbox"/> Bibliografía citada y consultada.	57

LA NECESIDAD DE INTERCULTURALIDAD Y LA POSIBILIDAD DEL DIÁLOGO ENTRE CULTURAS: ESCUELA DE TRADUCTORES DE TOLEDO.

Resumen:

Esta investigación supone una aproximación a la necesidad del entendimiento entre las tres culturas □a saber judía, árabe y cristiana□, y su repercusión en la actualidad.

Tras analizar algunos aspectos de la interculturalidad, usaremos de precedente la Edad Media para prestar especial atención a la Escuela de Traductores de Toledo como ciudad emblemática y símbolo de unión. Ofreciendo una panorámica objetiva del impacto filosófico de la labor de traducción y haciendo un breve recorrido por la figura de Domingo Gundisalvo.

La importancia de este trabajo recae sobre un claro objetivo: concluir no solo la necesidad de dicho diálogo sino la posibilidad de hacerlo realidad.

Abstract:

The research hereby is intended to prompt an approach to the understanding necessity among three cultures □namely Jewish, Arab and Cristian□ as well as their impact on the current time.

Having analysed some aspects based on interculturality, we will set as a precedent the Middle Ages in order to thoroughly take into consideration the Toledo School of Translators as an emblematic city and a symbol of union. Thus offering an unbiased view on the philosophical influence on the translation work and briefly running through the figure of Domingo Gundisalvo.

The significance of this dissertation relies on a blunt aim. That is, concluding not only the necessity for the dialogue aforementioned but also the possibility to make it come true.

Introducción:

Muchos han sido los estudiosos que se han volcado en el análisis de la transferencia de los saberes a lo largo de la Edad Media, concretamente esa magnífica difusión de los textos árabes que trajeron consigo el rescate de las centrales obras griegas. Por esto mismo, muchos son a su vez los que catalogan este fenómeno como el renacer de la metafísica o la reconfiguración de los saberes medievales.

Dejando esto a un lado para retomarlo más adelante como merece, planteamos pues la necesidad de enlazar esta época histórica con la interculturalidad y el diálogo entre culturas, tomándola como precedente, aunque seamos plenamente conscientes de los muchos más ejemplos que pudiésemos encontrar si nos afanamos en su búsqueda.

Supone nuestra responsabilidad conocer quiénes fuimos para saber quiénes somos y cómo seremos en adelante, deseando siempre un progreso positivo que nos lleve a continuar la herencia recibida.

De esta forma, este estudio planteará la cuestión de la interculturalidad en sus diferentes vertientes, atendiendo no solo a las claves que a nosotros nos parezcan apropiadas sino también a otras □afines o no a nuestras conclusiones□ que fueron de importancia para otros autores y que componen de una forma u otra las diferentes caras de su esencia.

No pasaremos en ningún momento por alto la vinculación de todo ello con la actualidad, centrándonos no solo en el mero examen de tiempos remotos sino intentando en todo instante articular su correlación con nuestro día a día. Esperamos pues, no olvidar nuestro objetivo.

Atenderemos a la interculturalidad dentro de marcos sociales donde se evidencia de forma especial la necesidad de un entendimiento real entre las culturas predominantes, entendiéndola como una poderosa herramienta educativa y afirmando su necesidad en los momentos que corren. Como personas nos preocupa la deriva de valores ante la que se encuentra nuestra sociedad, como ciudadanos nos inquietan los radicalismos procedentes de políticas promotoras del miedo y el rechazo al otro, y como filósofos nos perturba la falta de verdad intrínseca en prejuicios.

Para componer las líneas fundamentales de este fragmento de nuestro trabajo, escucharemos lo que nos tienen que decir Martha C. Nussbaum en una obra que no solo recoge su pensamiento sino también el de otros dieciséis autores, entre los que encontraremos a Judith Butler, que la apoyan o la rebaten con apropiados argumentos. Y será también fundamental la línea de pensamiento seguida por Samuel P. Huntington.

La posibilidad del diálogo entre culturas en la Edad Media será nuestro punto de partida, demostrando así la necesidad del multiculturalismo como medida fundamental para construir puentes sociales. La clave la encontraremos en darle pleno reconocimiento a la importancia de la lengua como método de difusión de ideas y como mecanismo de imposición de pensamientos en los círculos intelectuales de la época.

Los probables inicios de la interculturalidad reflejados en otra ciudad cultural emblemática como fue Bagdad, así como los dificultosos inicios de las primeras traducciones hasta que se convirtieron en procedimientos más exactos y sofisticados.

Así mismo, para dar el enfoque adecuado a nuestra empresa, nos hemos basado en particulares obras de diferentes autores que han servido de documentación histórica. Es el caso de Brice Parain y, más específicamente, de Emilio Tornero para orientar convenientemente las indagaciones sobre el multiculturalismo vivido en Bagdad.

Más adelante nos inmiscuiremos en la vida de los toledanos medievales: cristianos, judíos y musulmanes en pro a un mismo fin. La Escuela de Traductores de Toledo como institución y también como símbolo de la convergencia de las tres grandes religiones monoteístas que guiaban todo el proceso de conocimiento.

Las traducciones toledanas, su sistema y sus avances evidenciados en la figura de Domingo Gundisalvo e Ibn Dāwūd que demuestran la capacidad que tuvieron los judíos y los cristianos de tomarse de la mano para adentrarse en las cuitas de la cultura árabe y los adelantos que ellos, por sí solos, habían logrado hacinar.

Concluiremos esta parte de nuestra investigación con las traducciones alfonsíes que significaron la sistematización del proceso de traducción y el fin del latín como lengua culta. Lo sustituirá, entonces, la lengua materna de los toledanos que ya estaba lo suficientemente

contagiada de las diferentes lenguas que convivían en la ciudad. Dando paso a los primeros comienzos del castellano que, por aquel entonces, aún no era una lengua curtida capaz de compararse ni por asomo con el latín o con el árabe.

A la hora de elaborar estas minuciosas indagaciones, han sido fundamentales los trabajos realizados por Rème Brague en torno a la Edad Media, ya que, personalmente, comparto con él la determinación de reemplazar viejas ideas que ya no dan respuesta eficaz a los interrogantes que nos acechan. Profesor de la Sorbona de París y uno de los mayores expertos en la época medieval, nos invita a derrocar falsos mitos y obsoletas concepciones que catalogan a esta época histórica como oscura y funesta.

Referente a la Escuela de Traductores de Toledo, no nos resistiremos a aplaudir el magnífico trabajo de Mariano Brasa Díez que, en esta ocasión, demuestra que sí es posible ser profetas en nuestra propia tierra. Así también como han sido relevantes los estudios de Eloy Benito Ruano y Marietta Gargatagli.

Alexander Fidora ha significado, en este estudio, un encomiable esfuerzo por subrayar la importancia de Domingo Gundisalvo en la Escuela de Traductores de Toledo así como dentro del panorama filosófico medieval, y nosotros hemos encontrado en él el perfecto ejemplo de interculturalidad en lo que consideramos el epicentro de nuestra investigación.

Una gran variedad de filósofos, historiadores e investigadores convergen en esta investigación aportando su particular visión reflejada en un trabajo que les ha llevado toda una vida sacar a la luz. Humildemente, intentaremos también nosotros aportar nuestro pequeño grano de arena.

Aquí mi pequeño homenaje a las tres grandes culturas. Un trabajo que conlleva más de corazón que de razón y que colocaré con mimo en el Mihrab soñado por todos los creyentes en Al-lāh.

Sin más, no me gustaría concluir esta breve introducción sin dar las gracias a las personas que han impulsado este trabajo. Por su apoyo y acompañamiento en este viaje enriquecedor.

A mi tutor, D. Jesús de Garay Suárez-Llanos por depositar su confianza en mí y asumir con ánimo y paciencia este proyecto.

Por enseñarme que todo lo que discurra a través de nosotros debe tener la maravillosa capacidad de transformarnos, y eso se llama filosofía.

A mi familia, especialmente a mi madre, por ser ejemplo de entereza y perseverancia. Gracias a ti tengo alas cada vez que sopla el viento. Soñadora y libre, así me hiciste.

A ti, por ser la mano que abre la puerta de un nuevo comienzo; gracias.

1. Interculturalidad: hacia una nueva configuración social.

Desde los comienzos de mi corta andadura por los senderos de la sapiencia, tuve claras dos cosas: que la filosofía era la línea de puntos que debía seguir para responder a los intrincados de la vida, y que uno de ellos, sin dudarlo, era dar respuesta a la imposibilidad del diálogo entre culturas que el mundo vive actualmente.

No sé si estas dos premisas de las que parto son del todo acertadas, pero produjeron en mí un deseo irrefrenable de acercarme a lo que, respecto a este ámbito, no conocía y que hasta el momento consideraba un tema farragoso y de mucha enjundia.

Era la hora de dedicarse a ello y de poner ideas en orden.

Resulta central reconocer que vivimos en un mundo que prima la forma por encima del contenido, que vive bajo las exigencias de lo "políticamente correcto" y que parte de las grandes consecuencias de esto las han pagado las diferentes culturas, cada vez más distanciadas y radicales pese a encuadrarse dentro de una sociedad totalmente globalizada pero deshumanizada.

En un discreto segundo plano, permanecen las pequeñas políticas sociales y los reducidos grupos que buscan el verdadero diálogo y el aprendizaje común. Gracias a ellos todavía vislumbramos esperanza al final del camino, pues defendemos la posibilidad de entendernos y la necesidad de avanzar conjuntamente.

Nuestra cultura nos define, nos completa y hace de nosotros personas arraigadas en costumbres y tradiciones.

Esta es solo una pequeña pincelada de todas las definiciones que podríamos dar de ella, pero particularmente esta nos es efectiva a la hora de argumentar que la cultura es el seno social en el que crecemos, normalizando aquello que convive con nosotros desde que abrimos los ojos por vez primera.

El problema es que normalizamos aquellas conductas que no son adecuadas y seguimos los pasos de los que nos precedieron, también de los que no nos sirvieron de buen ejemplo. Convivimos entonces con el rechazo al prójimo por ser diferente, por creer que atenta contra nuestros principios □aquellos que dependen solo de nosotros mismos y no de los demás□ y por temor a la suplantación.

Intentando no desviarnos en cuestiones políticas que no interfieren en nuestros intereses específicos, diremos que la globalización ante la que nos encontramos debe servir de beneficio a la confluencia de culturas y no, por el contrario, fomentar la división y el exceso de información que nos satura y nos arrastra hasta la indecisión.

La política debe ser efectiva y entre sus mejores herramientas se encuentra el mundo hiper-conectado y globalizado que hoy conocemos.

Algunas personas afirman que esta época está siendo testigo del nacimiento de lo que V. S. Naipaul llamó «civilización universal». ¿Qué significa esta expresión? La idea implica, en general, la confluencia de la humanidad y la creciente aceptación de valores, creencias, orientaciones, prácticas e instituciones comunes por pueblos y personas de todo el mundo (Huntington, 1997: 65)

Somos, como diría Martha C. Naussbaum, haciendo referencia a Diógenes el cínico, «ciudadanos del mundo» (Naussbaum, 1999: 17)

Nuestro fin es el de unirnos haciendo fuertes nuestras relaciones interpersonales hasta el punto de olvidar haber nacido en una cultura concreta que rechaza a las demás y proclama la propia superior al resto.

No queremos, en ningún momento, decir que sea nocivo seguir las tradiciones y costumbres que marcan nuestras culturas, siempre que el motivo por el cual las seguimos sea el propio convencimiento, la creencia y la reflexión libre que concluye que dichas prácticas nos

benefician y, paralelamente, no atentan contra ningún individuo.

El mayor problema al que nos enfrentamos es al radicalismo político y cultural que avanza a pasos agigantados frente a las ineficaces respuestas de la sociedad que se opone pero que aún así permanece dormida.

Debido a esto, lo que debemos hacer es cuidarnos de pertenecer a una comunidad, religión o cultura que premie el fanatismo y divulgue un pensamiento sectario basado en falacias y en discursos que apelen a un sentimiento irracional que desea suplantar al sentido común.

Debemos reconocer la humanidad allá donde se encuentre, y conceder a sus ingredientes fundamentales, la razón y la capacidad moral, nuestra mayor lealtad y respeto (Nauusbaum, 1999: 18)

Entra en nuestra mente aquello que permitimos que modifique nuestra vida y esto es un arma de doble filo. Aquello que desde el diálogo y la tolerancia nos transforma, nos hace mejores personas, pero aquello que desde el radicalismo nos impone leyes inapelables, nos adoctrina.

No apoyamos, en ningún caso, el uso de la interculturalidad como mecanismo de negación de la singularidad del individuo que trata de convertir la humanidad en algo etéreo y sin particularidades. En lugar de esto, tratamos de concretar en el mundo real el concepto de humanidad, desentrañando cada pequeña parte que la compone sin olvidar lo que a cada una de ellas las hace especiales, pero reconociendo que la articulación de sus distintas ramas es del todo necesaria para un mejor entendimiento y un positivo crecimiento personal.

El todo siempre remite a sus partes, y las partes siempre componen el todo. No hay ninguna de ellas que no sea imprescindible. De este modo, no sería necesaria la implantación de una lengua común ni una religión común tal y como estima Huntington para rebatir la idea de la civilización universal:

Los elementos fundamentales de cualquier cultura o civilización son la lengua y la religión. Si está surgiendo una civilización universal, debería haber tendencias hacia la aparición de una lengua universal y una religión universal (Huntington, 1997: 69)

Pese a que estos dos aspectos del individuo parecen conducir a la sociedad, si reconocemos las particularidades y nos maravillamos de ellas en lugar de querer subsumirlas en un estado de permanente generalización, aceptaremos lo que hemos sido, lo que somos y encauzaremos a nuestros sucesores hacia una humanidad mejor.

Nuestro mejor instrumento de cambio será la educación. Corren tiempos de multiplicación de fobias que atentan contra la diversidad ya que ven en ella un peligro inminente: la xenofobia acrecienta el problema de la inmigración y la movilización social masiva, la aporofobia como ese rechazo a la pobreza que lejos de querer erradicarla intenta someterla o evitarla, el progresivo crecimiento de actitudes racistas, el antisemitismo y la islamofobia vulneran los derechos más fundamentales; y con estos un sinfín de ejemplos más.

Estamos inmersos en una sociedad que ha convertido viajar en un apasionante pasatiempo y, aunque existen mil y una formas de hacerlo, esto siempre nos permite el conocimiento en primera persona de distintos modos de ocupar el mundo. Debemos aprovechar esta considerable ventaja y unirla a una educación fundamentada en la tolerancia, la igualdad, y la creación de nuevos valores que permitan desarrollar un futuro gobernado por la interculturalidad.

Han de ser explotados todos los sistemas, instituciones y procedimientos a nuestro favor y que tenemos a nuestra entera disposición para conseguirlo. La investigación cultural demostrará que es posible unirnos en consonancia y libertad, y ayudará al sistema educativo a enmendar errores pasados e implantar nuevos métodos que sean más efectivos en colegios, asociaciones, institutos y diferentes centros de formación.

Ya no nos quedan miedos que no puedan ser vencidos por la información veraz, la formación y la enseñanza. Lo que las traducciones supusieron en la Edad Media debemos trasladarlo a hoy. Por ello, concluimos con las acertadas palabras de Judit Butler contenidas en *Los límites del patriotismo*:

Así pues, la importante tarea que nos plantea la diferencia cultural no es otra que articular la universalidad a través de un difícil proceso de traducción. Esta tarea pretende transformar los términos mismos de que está formada la universalidad y darles una nueva significación (Naussbaum, 1999: 66)

Puede que estemos destinando nuestros esfuerzos a una quimera y que el proceso de interculturalidad en lugar de estar en una etapa histórica avanzada o en un nivel social distinto pero firme, ni siquiera haya comenzado aún. Pero no por estas opiniones □las cuales deberán ser aceptadas pero no necesariamente compartidas□ dejaremos de intentarlo. Nos lo debemos a nosotros mismos como personas, como comunidad intelectual y como sociedad.

Será limpio, puro y bueno todo lo que construyamos en base a estos principios; aprenderemos lo que queremos de nosotros mismos y lo que podemos esperar del otro sin atentar contra su integridad.

Pondremos en práctica todo lo que nuestros predecesores nos enseñaron y, a partir de ese momento, sabremos lo que somos capaces de conseguir.

2. La posibilidad del diálogo entre culturas en la Edad Media.

Asumimos, pues, la importancia innegable de la investigación cultural y filosófica acerca del diálogo entre culturas, de cara no solo a los tiempos que corren sino también para entender lo que fuimos y lo que, aún habiéndolo perdido por el camino, podemos retomar de los que nos precedieron. Tratando siempre de desmontar las falsas creencias y prejuicios que a la hora de adentrarnos en este periodo histórico nos acechan.

Conseguiremos que nuestra tarea sea más sencilla y amena si la afrontamos con una mente abierta a la posibilidad de la comprensión de la Edad Media como un periodo de primeras asimilaciones de lo externo, como un ejercicio de humildad ante lo que nos falta y buscamos fuera de nosotros mismos. Sin negar, por supuesto, las carencias que llevó dentro de sí y sin idealizar la realidad que se vivió y que hoy conocemos gracias a lo poco que entre nuestras manos quedó de aquello.

Profundizaremos no solo en cuestiones generales sino que partiremos de ellas para llegar a analizar aspectos más concretos y ejemplos de multiculturalismo como fueron dos lugares emblemáticos: Bagdad del siglo IX y, por supuesto, Toledo después de su reconquista. Por ello, será de suma importancia la labor de traducción como método de difusión de ideas entre culturas y, con ellas, entre los círculos intelectuales de la época.

2.1. Edad Media: Lengua, cultura y religión.

Nos embarcamos en una afanosa tarea como es la de derramar claridad sobre un extenso periodo histórico como fue la Edad Media y todos los tópicos que en torno a ella giran. Principalmente resaltamos la palabra "extenso" pues es de recibo matizar que es del todo imposible analizar de forma tan general lo que fueron siglos de progresos y retrocesos, casi a partes iguales. Y con esto me refiero a que nunca, bajo mi criterio, debemos pretender tomar la Historia como un avance perfecto y lineal.

Fueron pasos hacia adelante y también pasos hacia atrás en según qué cuestiones que, por supuesto, detallaremos en el proceso en esta investigación. No podemos afirmar que la Edad Media fue una etapa solo de sombras y sin ningún atisbo de luz, porque sería faltar a la verdad, o como mínimo a parte de ella.

Tampoco podemos revestirla de idealismo para deshacernos de los mitos que la ensombrecen, ni deformarla hasta el punto de hacerla irreconocible. Intentaremos, pues, mantenernos siempre en la fina línea que separa el mito de la fantasía, ateniéndonos a los hechos, a lo que de ellos podemos deducir y al ensalzamiento de la constancia del trabajo bien hecho.

Muchos pensadores e investigadores han catalogado muy acertadamente a la Edad Media como una leyenda en sí misma, y que gracias a esto se vuelve realmente interesante para los desconocedores de sus entresijos. Lejos de rebatirles, me muestro de acuerdo con ellos, pues la Edad Media tiene en su esencia ese punto misterioso que hace inevitable resistirse a su atracción como si de canto de sirenas se tratase.

Y adentrarse en ella realizando un viaje que oscila irremediabilmente entre el blanco y el negro, haciendo difícil sacar en claro ideas absolutas que, a decir verdad, es lo que todo filósofo debe evitar: asentar su pensamiento en creencias inmutables.

Dicho esto, en la Edad Media, en torno a su contexto social y político giran tres aspectos importantísimos y bajo los cuales se cuecen todos los demás: la lengua como vehículo de entendimiento, la cultura como desarrollo intelectual y la religión como conjunto de preceptos y dogmas que regirán la vida de las personas, desde las enmarcadas en la más alta

procedencia hasta la humildad convertida en pueblo llano.

Lo que hace a la Edad Media diferente a las demás etapas históricas es que hubo un tiempo en el que estos tres ámbitos se unieron de forma excepcional para dar paso a una interculturalidad digna de alabanza. La filosofía vio un esplendor impropio de los considerados "siglos de oscuridad", las universidades ya habían marcado su rumbo y las horas libres de la población acomodada eran destinadas al cultivo de la sabiduría.

Los grandes filósofos del Islam fueron aficionados y practicaron la filosofía en sus horas de ocio: al-Fârâbî era músico, Avicena médico y visir, Averroes juez. Avicena se dedicaba a la filosofía de noche, rodeado de discípulos, después de un día normal de trabajo. [...] La situación de los filósofos judíos era muy similar: Maimónides era médico y juez rabínico, Gersónides astrónomo (y astrólogo), etc. (Brague, 2013b: 16)

Junto a la sabiduría árabe y judía, la cristiana. Tres culturas hacia un mismo fin pero con diferencias en un principio insalvables. Si los musulmanes y judíos no poseían la suficiente influencia social ni los recursos políticos suficientes para continuar con sus avances, los cristianos habían conseguido organizar su sociedad de tal modo que cualquier cosa que considerasen de importancia religiosa tenía cabida en la sociedad y en la cultura. Por ello, era de imperiosa necesidad un exitoso diálogo entre culturas que hiciera posible que los descubrimientos salieran a la luz. Unos con su sabiduría, otros con su influencia, y todos admitiendo que se necesitaban para evolucionar.

Como veremos a continuación, la lengua tendrá un papel fundamental. En un primer momento supuso un gran obstáculo ya que impedía que los desconocedores de lenguas diferentes a la materna adquiriesen los nuevos conocimientos. Pero lejos de darse por vencidos, se afanaron en la posibilidad de traducir.

Los pensadores musulmanes y judíos habían llegado a un nivel muy similar a los cristianos en la escolástica, y frente a esta realidad solo existían dos caminos posibles: o rechazarlos basándonos en una envidia sin fundamento o reconocer en ellos la fortuna que supone crear puentes de unión.

Y, siendo prudentes, no podríamos afirmar de forma rotunda que se siguiera solo uno de esos dos caminos; pues parece ser que a medio camino ambas sendas se encontraban.

La problemática estaba servida: las religiones soportaban a duras penas el reconocimiento del mundo intelectual de dogmas distintos a los propios, los intelectuales radicales solo hacían referencia a las obras fruto de otras culturas para atacarlas severamente, y otros tantos dejaron de reconocerse a sí mismos dentro de ciertos círculos en los que no encontraban hueco a su pensar.

Uno de los problemas principales de la Edad Media es el encuentro de la religión, entendida como esa separación del resto, con aquello que pretende asemejarse a ella e incluso suplantarla. Llegamos al momento en el que los teólogos y pensadores intentaron interpretar las Sagradas Escrituras para darlas a conocer al mundo. El principal inconveniente con el que se encontraron fue que, intentando no seguir líneas racionales ya que la Revelación no puede entenderse como tal, pretendieron seguir métodos específicos con el fin de ser lo más objetivos posibles.

¿Podía esto llevarse a cabo sin dificultad? Definitivamente no. Pronto cayeron en la cuenta de que esto no solo era difícil por el amplio fondo que contienen las religiones sino que también lo era por la propia definición de la palabra "interpretación".

La interpretación es, en efecto, es un trabajo que pone en movimiento otras facultades del espíritu distintas a las exigidas por la investigación científica, y exige otros procedimientos. Aspira, sin embargo, a la objetividad de la misma manera que toda investigación científica. [...] Se encontraron con una situación desconcertante, por el hecho de que no todos daban con la misma interpretación al mismo texto (Parain, 1972: 153)

En definitiva, si el mundo consiguió aproximarse al progreso cultural fue gracias al salto de obstáculos como este. Destronar de una vez la idea de que la religión debía ser fruto de una única interpretación y de una única visión compartida por todos los fieles. Aceptar que la lectura reflexiva de los preceptos y escritos sagrados daba lugar a diferentes reflexiones y que todas ellas debían encontrar amparo.

Y aunque lo que está claro es que para que estos pensamientos calasen en la sociedad aún quedaba mucho tiempo, no debemos dejar de reconocer los primeros pasos de ese arduo camino que todavía hoy tenemos el deber de continuar.

Mientras tanto, el universo medieval seguiría encajado en sus limitaciones, intentando amurallar sus mandatos.

El árabe, lengua asentada durante siglos entre la población, ayudaba a los musulmanes a imponer su forma de ver el mundo. Fue en aquel momento una religión de fuertes exigencias, que se proclamaba a sí misma no solo como la única religión sino que además reivindicaba el sitio que le correspondía y que los cristianos se habían negado a darle.

Lo que exaspera a los judíos es que los cristianos quieran entender «su» libro mejor que ellos. De manera análoga, lo que deja perplejos a los cristianos □y hace que con frecuencia rechacen tomar conciencia□ es que el islam se comprenda a sí mismo como un post-cristianismo, destinado a reemplazarlo. Para el islam, la supervivencia del cristianismo es un anacronismo (Brague, 2013b: 23)

Era evidente el rechazo que causaba esta forma de pensamiento entre los cristianos y por ello, lejos de querer ensombrecer □como ya han hecho otros□ lo que ya teníamos medianamente claro, lo que pretendemos con esto es reconocer la evolución evidente a pesar de estas controversias.

En un mundo de lucha entre religiones, cada cual con sus poderosas herramientas de imposición y siguiendo políticas diferentes, hubo cabida para el entendimiento. Debemos nosotros, hoy, encontrar ese pequeño hueco y ensancharlo a través de la investigación, el conocimiento y el verdadero acercamiento a lo desconocido.

2.2. Los probables inicios de la interculturalidad.

¿Dónde radica el comienzo de todo? Y con esta pregunta no pretendemos desviarnos hacia los inicios históricos por los cuales ya hemos hecho un breve recorrido que no debe, por extensión, demorarse más en el tiempo.

Lo que queremos decir es: ¿Hay realmente algo, en la vida de los hombres y mujeres medievales, que propició la confluencia de ideas? ¿Hasta qué punto fueron conscientes de que hablaban de lo mismo personas que, aparentemente, no tenían nada en común?

¿Fue Dios el punto de partida? ¿Fue la vida religiosa lo que los separaba o lo que llegado el momento apropiado los acercó? Nos adentraremos en ello.

Bajo la perspectiva de buscar siempre lo común más que aquello que nos separa en radicalismos, podemos decir que Dios pudo ser el principio de todo. Los medievales otorgaron un poder a Dios que estaba, por definición, sobre ellos y sobre el tiempo. La noción de Dios, presente en el ser humano desde sus primitivos orígenes, se reduce dando paso a las tres grandes religiones monoteístas: judaísmo, cristianismo e islamismo. Este es su primer rasgo en común y no debe pasar desapercibido, pues en todas ellas encontramos una misma noción: Dios, ser supremo, es a la vez principio y fin de todo.

La divinidad como aquello que da sentido a nuestras vidas, que por ende está por encima de nosotros mismos, de todo tiempo y todo lugar, que es lo que por antonomasia se busca. Esta búsqueda será el inicio.

No con ello queremos decir que estas nociones no estuvieran presentes antes, sería un error pensar esto y obviar que ya la filosofía de Aristóteles, entre otros, mencionaba la importancia de la divinidad en la vida de los hombres. Pero la época medieval supone, tal vez, una radicalización de estas ideas que anteriormente se encontraban diluidas entre historias, mitos y dioses de toda índole. Ahora nos adentramos en una época considerada oscura. ¿Qué fue lo que la enturbió? ¿El miedo a Dios?

¿Y si pudiéramos desmontar estas creencias o sencillamente darles la vuelta? Reemplazar la percepción de la Edad Media como esa etapa oscura de la Historia caracterizada por un estar vacío en mitad de la nada. Un capítulo que sería mejor olvidar al cual solo se le concede el beneficio de la duda en nombre de justificación. El "fue necesario para que después viniera algo mejor". Pero no necesariamente tuvo que ser así, puesto que yo particularmente me decanto por la idea de que la Edad Media fue un primer contacto o, por qué no decirlo, un primer enfrentamiento con el cambio de lo conocido por la inestabilidad de lo por venir.

¿Una idealización? Puede ser. Pero si lo negásemos quizá deberíamos entonces reconocer la deriva de la Historia hacia la idealización del Renacimiento. Ya de por sí los Románticos fueron grandes observadores de esto.

Frente a un estado secularizado, sin referencia religiosa, se ve aparecer la nostalgia de una sociedad medieval que habría sido orgánica y no conflictiva, armoniosamente estructurada en corporaciones. El vínculo social, enteramente situado en el ámbito de las relaciones de hombre a hombre, habría escapado al carácter desecante de nuestro mundo moderno. La Edad Media ya no es únicamente un marco de intrigas novelescas. Se convierte en objeto de una nostalgia a menudo estetizante (Brague, 2013b: 60)

Aún así, volviendo a lo que nos ocupa, este periodo fue de gran importancia pues supuso un fuerte impacto intelectual, nunca se dejó de pensar y se crearon conceptos de necesidad urgente con gran precisión. Intelectualmente este fue el telón de fondo a esa interculturalidad que es el núcleo de nuestra investigación.

El paso de un pensador a otro proviene de una dinámica interna de las obras y de los problemas. El movimiento que anima a la historia de la filosofía no es ni un progreso ni una caída, sino la búsqueda constante de soluciones a problemas que se abordan y se abandonan metódicamente, que se replantean y se precisan constantemente (Brague, 2013b: 61)

Podemos encontrar en la obra de Rémi Brague un amplio abanico de respuestas y preguntas que son de incuestionable necesidad ante la investigación de la Edad Media y sus entresijos. No en vano, pues la Edad Media, esa época en mitad del todo y de la nada, nos sirve para entender el pensamiento actual occidental y europeo.

2.3. El diálogo entre culturas.

Filosóficamente hablando existe la idea extendida de que hubo un real y enorme diálogo entre culturas que, para la mayoría de los autores, no significó un diálogo entre religiones. Por contra, también debemos reservar espacio para aquellos filósofos e historiadores que integran una corriente de pensamiento que afirma la inexactitud de esta idea. Puesto que lo que se dio en el pasado □muy lejos de poder llamarse diálogo□ fue una simple coexistencia con barreras infranqueables.

Nosotros optaremos por adoptar una postura optimista basada en las discusiones verídicas que se dieron entre pensadores de distintas religiones y que llegaron a hacerse las mismas preguntas. No necesariamente llegando a las mismas respuestas.

En tierra cristiana, entre cristianos y judíos □ los musulmanes no eran aceptados en estas discusiones más que de manera excepcional □ como en el Toledo recién reconquistado por Alfonso el Sabio. [...] Mucho antes, en tierra musulmana, cristianos, judíos y musulmanes habían intercambiado argumentos y alumnos en la Bagdad de los siglos IX y X, intercambios facilitados por un fenómeno único: la presencia para las tres religiones de una lengua cultural única, el árabe (Brague, 2013b: 63-64)

Esta cita salida de las manos de Brague merece, por mi parte, especial atención ya que menciona varios aspectos de digna mención: por un lado la afirmación de la existencia de espacios de discusión entre pensadores de distintas religiones, espacios cristianos en los que incluso se permitía de forma excepcional la participación de musulmanes. Pero lo que es aún más importante, la existencia de un espacio en otro tiempo y en otro lugar en el que ese diálogo fue no solo posible sino también muy fructífero.

De hecho, se constata que Al-Farabi fue alumno de un cristiano. ¿Qué conclusiones podemos sacar de esto? Que Toledo no fue la condición de posibilidad de esta interculturalidad sino un ejemplo más de la misma, por esto mismo hay que defender su legitimidad. Quiero con esto decir que, si en Bagdad siglos anteriores llegó a presenciar este diálogo entre culturas procedentes de religiones aparentemente distantes, entonces Toledo no fue el origen.

No fue el centro geográfico de la confluencia de culturas sino un paso más hacia delante. Y que si fue posible en otros entornos, en otras circunstancias y en otro contexto totalmente diferente, también fue posible aquí.

Más generalmente, las influencias literarias, entre pensadores a los que la distancia temporal impedía conocerse directamente, no se detienen en las barreras confesionales. Así, algunos pensadores cristianos, como Juan Filopón, y luego Juan Damasceno, jugaron un papel clave en la formación de la teología apologética del Islam, y después del judaísmo (Brague, 2013b: 64)

Fueron muchos y muy importantes los autores que vieron en la herencia griega una filosofía y un pensamiento de tanto valor que decidieron transmitirla al Islam. Para más tarde ser ellos mismos los que influyeran en el pensamiento judío: Maimónides, Alfarabi, Averroes.

Tras esto la confluencia entre culturas continúa; la labor llevada a cabo por los traductores y filósofos ya es imparable y esta influencia procedente de Grecia que recorre la columna vertebral del Islam, pasa por el judaísmo hasta llegar más adelante al cristianismo a partir del siglo XII aproximadamente.

Por su parte, y sin querer dejarlo a un lado pues es una de las piedras angulares de esta investigación, el judaísmo experimentó ese mismo fenómeno. Los pensadores judíos tuvieron influjo europeo aunque no existe constancia que refleje hasta qué punto esa especie de influencia fue realmente tomada de los europeos cristianos.

El caso es que los cristianos vieron a los judíos formar parte de un círculo intelectual muy concreto y en un contexto de grandes controversias, por ello no debió ser fácil ni tampoco lo es hoy en día situar en una fecha aproximada este acontecimiento de dimensiones culturales tan importantes.

Como decíamos, no hay conformidad respecto a situar en un horizonte temporal el comienzo y posterior desarrollo de esta influencia. Expertos la sitúan cada vez en fechas más tempranas mientras que otros coinciden en marcarla mucho tiempo después. Lo que cabe pensar que dentro de la discusión temporal hay algo en lo que sentamos la base de este debate: la influencia fue real.

Pienso que los avances llevados a cabo por los intelectuales cristianos medievales fueron de gran importancia y que llegaron hasta donde ellos mismos quizá ni siquiera quisieron llegar puesto que el problema no se resolvía ahí sino que continuaba: ¿Cómo nos enfrentamos a lo desconocido? Enfrentarse a culturas, desde una posición de superioridad, que se asoman a mirar por la ventana sin querer acercarse demasiado no fue difícil pero... ¿Cuál era la forma correcta de enfrentarse a culturas que pretenden inmiscuirse en lo que tenemos asentado como absoluto? Si ya de por sí esto suponía un dilema, llegar al punto en el que todas estas culturas pudiesen entrar en una compleja simbiosis era prácticamente impensable. Sin embargo, como suelen decir, a veces lo imposible sin más sucede. Y sucedió.

Estaba claro que esta influencia, este diálogo, iba a tener sus consecuencias negativas ya que intelectualmente hablando se había llegado demasiado lejos y aunque en nombre de la cultura esto significaban grandes pasos hacia adelante, por su lado, la religión no admitía ciertos

preceptos y su miedo a lo desconocido hablaba por ella misma.

¿Podía la religión adaptarse a los cambios? ¿Sería capaz de renovarse y asumir nuevos principios que sustituyeran a los que ya no daban respuesta a las inquietudes filosóficas, científicas e intelectuales de la comunidad culta? Definitivamente, la religión y sus pilares inamovibles no estaban preparados para ello, por eso me mantengo en la idea anteriormente mencionada: la Edad Media significó un importante encuentro con lo extraño, con lo extranjero.

La adaptación tardó siglos en llegar, el contexto polémico estaba servido y raras eran las veces en las que los pensadores se esforzaban por entender al otro. Lo extraño seguía siéndolo y, de hecho, hay verdaderas joyas literarias y teóricas que se perdieron irremediablemente ya que su prohibición fue tajante. Estas obras sólo se conocen gracias a sus contrarios, aquellos eruditos que las citaban para criticarlas. Esta es la otra cara de la moneda, lo que hubo que pagar por avanzar, lo que hubo que perder para más tarde ganar. Y no con ello pretendemos justificarlo sino todo lo contrario.

Toda evolución suscita terror en aquellos acomodados en lo establecido.

Muchos fueron los ejemplos de comunidades islámicas y, aunque en menor medida, cristianas que permitían la coexistencia con lo distinto pero sin embargo los análisis teóricos de obras que defendiesen o viniesen de religiones distintas sólo se daban en el más estricto sentido científico. Proclamar una religión contraria a la propia no merecía menos que la muerte y estudiar una de ellas no era más que eso: un estudio.

En definitiva, hablemos de diálogo o de mera coexistencia, debemos reconocer que esta interculturalidad fue real y tuvo sus frutos. Sería muy ingenuo creer que esos frutos fueron solo positivos, claro, pero en eso se basa el recorrido hacia adelante de la Historia.

Estamos ante la primera vez en la que, siendo una sociedad organizada y dividida, se destinan recursos públicos al saber, a la investigación intelectual. A la filosofía y a la cultura. Este fue el principio y también el final, es decir, normativamente fue el principio ya que gracias a este empuje hacia el saber se llegó a la confluencia entre culturas pero formalmente fue el final debido a la demanda del colectivo intelectual del momento.

Esto, esencialmente, es Europa; el saber tomar prestadas las nuevas ideas, asimilarlas aunque fuese posicionándose en su contra y avanzar. Aunque, de la misma forma que a cada cuerpo lo acompaña su sombra, en este caso no encontramos excepción. La Edad Media tuvo que luchar contra ella misma, contra la lucha de ideales extremos, contra los complejos de inferioridad entre religiones y dejar a un lado el imaginar que la puerta de Europa es abierta por cristianos para entender que las llaves del saber Europeo lo tenía la tolerancia.

Lo cierto y verdad es que para hablar de un verdadero diálogo entre culturas no podemos pasar por alto los diferentes contextos ante los que nos enfrentamos. El contexto político es conocido de sobra pues las reiteradas conquistas y reconquistas marcaban el principio y el final de las etapas históricas. Estas conquistas eran las que daban paso a los distintos planos a tener en cuenta pues la religión dominante era la establecida por los pueblos vencedores y de ella dependía la sociedad y la cultura.

Tanto es así que hablar de libertad de pensamiento en la Edad Media es algo totalmente anacrónico y muy difícil de concebir; solo aquellas sociedades que por cuestiones geográficas o políticas incluían dentro de sí la confluencia de varias culturas eran capaces de soportar enfrentarse a las desconocidas. Esto fue lo ocurrido en Bagdad, ya mencionada anteriormente como primer modelo de interculturalidad, diálogo entre religiones y precedente en traducciones.

La primera fecha es la toma de Bagdad por los mongoles. Los vencedores ofrecían una gran mezcolanza en materia religiosa: había entre ellos musulmanes, pero también cristianos de confesión nestoriana, budistas y chamanistas. Los janes no tenían religión determinada que pudieran imponer a los vencidos y, por lo tanto, no la imponían. Una atmósfera como ésta fue la causa que permitió una obra como la del médico judío Ibn Kammuna: elaboró una comparación entre las tres religiones que, para su época, es de una notable objetividad (Brague, 2013a: 278)

En cuanto las religiones se empeñan en convertirse en arma arrojadiza, en cuanto el fanatismo se aleja de la verdadera fe, el diálogo se torna imposible. El cuanto una religión toma las riendas del curso de la Historia y maneja a su antojo el presente que le toca vivir, la imposición es casi inmediata.

Asumimos que no se tolera otro poder distinto, no se tolera lo ajeno, porque la victoria les brinda un regalo que no son capaces de rechazar: proclamarse los dioses del mundo. ¿No caen así en blasfemia? Proclamándose Dios en la cima del mundo terrenal. Todo aquel que se negaba debía pasar por un martirio insufrible, inhumano. La distancia entre esa fe que es amor, que es bondad, que es interior y única se hace latente ante este nuevo concepto de religión política que prefiere la pintada en la fachada de la puerta antes que la fe que brota de los corazones nobles.

2.4. El Trujimán como inicio de la labor de traducción.

Intentando no demorarme excesivamente, creo importante remontarnos a los inicios de las traducciones que, en cierto modo, fueron condición de posibilidad de la interculturalidad que nos ocupa ahora.

Este término, Trujimán, usado tanto en español como en francés aunque con evidentes variaciones dependiendo de la lengua que se emplee, tiene su raíz en el árabe: «*turdjumân*». Se aplicaba a las personas que en ámbitos de compraventa tenían necesariamente que actuar de intérpretes para llevar a cabo su labor comercial. Así comenzaron las primeras traducciones árabes dando pie a una grandísima transferencia de saberes que muchos estudiosos sitúan mucho antes de la Edad Media; como mínimo existente ya en la Baja Edad Media.

Aunque formando parte de un proceso muy lento que perduró siglos, las primeras traducciones se dieron del griego al latín. Más adelante, durante los siglos IX y X los árabes comenzaron a versionar las obras griegas y este periodo duró entre uno y dos siglos.

Lo que se comienza a traducir fundamentalmente son obras o textos que fueran útiles para la vida y el razonamiento de los estudiosos. Por la incompatibilidad habida entre el Corán y la Biblia, los árabes jamás tuvieron interés en traducir los textos bíblicos y mucho menos estudiarlos para adaptarlos a sus creencias. De hecho, aunque no existe documento alguno que pueda acreditarlo, la Biblia solo fue traducida al árabe para algunos judíos o cristianos que por motivos de imposición de la lengua árabe requerían los textos sagrados en esta

lengua.

Aún así, si es que esto realmente sucedió así, no ocurriría hasta mucho tiempo después de las primeras traducciones.

No se traduce ni literatura, poesía ni tampoco historia, pues no son considerados saberes sino placeres más bien de índole estética. Se traduce ciencia y filosofía, consideradas ramas imponentes del saber por antonomasia.

En una época en la que no se distinguía ciencia de filosofía, tampoco existía división entre pensamiento y religión, pues lo primero siempre estaba regido por lo segundo y esto, en no pocas ocasiones, dificultaba demasiado los trabajos intelectuales. Lo que no podemos negar es que se desarrollaron saberes que de no ser por las traducciones habrían permanecido dormidos quizá hasta hoy en día. Como ojos que permanecen en penumbra hasta que aceptan que lo único conocido es lo único existente. Solo oscuridad.

La expansión del comercio también tuvo su parte de culpa pues hizo necesario el conocer otras lenguas y, con ellas, otros modos de vida y otras necesidades. El problema de ello fue tal vez que se usaba la lengua como moneda de cambio, como propaganda y como imposición política.

Quien imponía su lengua, imponía su religión y sus costumbres. Pero esto, como sabemos, cambió tiempo después hasta tal punto que en el siglo IX ya no existen traductores árabes sino que este colectivo es formado casi íntegramente por eruditos cristianos y judíos que, sumidos de lleno en su ambiente culto, eran bilingües o trilingües.

Si antes afirmábamos que la llave de la puerta de Europa la tenía la tolerancia, ahora podemos establecer que la cerradura donde esa llave encajaba a la perfección era la traducción. Ese ir y venir, esa transferencia de saber, ese buscar fuera de uno mismo lo que nos falta. Pese a no tener ayuda institucional, pese a contar con barreras religiosas insalvables, daba igual, pues todo lo nuevo era una primera toma de contacto con la aceptación de que existían otros con otros modos de vida, con otras ideas.

Sí, es cierto, había miedo y quizá nunca podamos afirmar que hubo un verdadero interés por el prójimo pero solo con traducir las ideas de otros significaba tener delante de nuestros ojos

que cada cultura encontraba en lugares distintos los cimientos que la sustentan.

Sin equivalencias, sin correspondencias, o eso creían ellos. O eso decían para salvaguardar sus tradiciones y su forma de vida. Pero el otro estaba allí, enfrente, y conocerlo era un arma necesaria para seguir adelante.

Los textos árabes fueron traducidos al latín o bien directamente desde el griego o desde otras traducciones también de otros árabes. Y estos textos árabes fueron de gran interés para los europeos.

El mundo islámico, en cambio, trajo mucho, hasta el punto de que los árabes pueden ser los inventores de la traducción (Brague, 2013a: 246)

En resumen, queremos destacar la importancia de desprendernos de las concepciones negativas sobre el mundo islámico, al menos de aquellas que carecen de fundamento alguno, que, por norma general, suelen ser la mayoría de ellas.

Si hemos afirmado que la tolerancia suponía la clave de la concordancia entre culturas y el avance de las mismas a través de las traducciones que nos permitían conocer los planteamientos producto de la diversidad, no podemos arremeter de forma tan abrupta contra la cultura árabe si a ella debemos los complejos inicios de la traducción y la labor hermenéutica.

A ellos debemos un pensamiento tan original como fascinante que sedujo a Occidente tanto como para hacer tambalear sus cimientos en pro del acercamiento y la unión de culturas.

2.5. El proceso de traducción.

Según los documentos que aún se poseen, y teniendo en cuenta que con el paso de los siglos parte de esa gran labor se perdió, estas personas entregadas por completo a la lectura y la cultura llegaron a traducir más de cien obras del árabe al latín en poco más de cincuenta años, a lo largo del siglo XII.

Este proceso es catalogado por muchos como interesante y cuanto menos curioso. Se conoce en parte gracias al prólogo del *De anima* de Avicena.

Supone la colaboración de dos personas: un primer traductor que lee el texto árabe y lo traduce oralmente a lengua vernácula. No sabemos si se trataba de algún dialecto español o quizá del árabe vulgar. Después, un segundo traduce lo que va oyendo al latín. El primer traductor es un judío o un cristiano mozárabe; el segundo es un clérigo cristiano (Brague, 2013a: 250-251)

De esta forma volvemos a poner en evidencia nuestra tesis: se necesitaba la confluencia de culturas, a través de sus lenguas, para conocerse mejor. Para, incluso, satisfacer el ansia de saber.

En un proceso cuanto menos difícil de sacar adelante, se necesitaban judíos y cristianos en constante contacto con el mundo árabe para que clérigos cristianos pudieran plasmar sobre el papel las traducciones latinas. Convergen latín, árabe y dialectos que hacían complicado diferenciar su procedencia última. Convergen de igual forma judíos, musulmanes y cristianos. Culturas y lenguas en pro del saber.

Y, tal vez, encontramos en la Edad Media y en este contexto concreto una buena lección de humildad. Ese "mirar fuera" que a veces es tan necesario para luego mirar dentro, nutrirse, a fin de cuentas. Los traductores no aportaron nada nuevo, no formaron parte activa de la transmisión, y sin embargo sin ellos la cultura no se hubiese visto tan enriquecida. Y no solo la cultura, también la vida de los hombres.

Fue la traducción una necesidad, una realidad muy demandada. Fue un sueño consumado gracias a aquellos árabes y mozárabes que conocían una lengua que fue partida en dos o tal vez en más partes a causa de las conquistas. Démonos cuenta de que conquista tras conquista, los pueblos fueron mezclándose entre ellos.

Caemos muy a menudo en el error de analizar las conquistas como si fuesen hechos históricos aislados, inconexos entre sí. Pero entre medias existieron pueblos enfrentándose a lo diferente, adaptándose a una vida en común y luchando por subsistir. Volvemos, pues, a la cara oscura de la moneda. A un saber que lejos de ser utópico, que lejos de levantar la bandera del conocer por conocer, fue un saber basado en la supervivencia.

En efecto, Europa fue construyendo su propia identidad tomando □a veces incluso sin pretenderlo□ grandes influencias del islam.

Y llegados a este punto, nos vemos obligados a matizar que el islam desde el punto de vista lingüístico no sólo tenía que ver con el árabe sino que configuró una cultura que incluía dentro de sí otros idiomas y dialectos como por ejemplo el persa, el turco o el bereber.

Se tradujo medicina y filosofía, esta última en nuestra Toledo recién conquistada allá por el 1085. También en otros lugares como el sur de Nápoles y Sicilia. Trasladando, en algunos casos, textos originales árabes al hebreo.

Las obras que se traducen no suelen ser de corte religioso aunque cabe destacar que el Corán es, por vez primera, traducido en Toledo a mitad del siglo XII y ordenado curiosamente por un clérigo cristiano llamado Pedro el Venerable.

Los textos que se traducen y dan paso al diálogo entre culturas haciendo posible el saber por el saber son científicos, médicos y filosóficos. Traduciendo esencialmente a Aristóteles pero sin rastro de interés por mínimo que fuese en Platón. Lo poco que se tradujo de él apenas circuló entre los ambientes más cultos de la época.

El saber que entra en Europa es, por tanto, un saber religiosamente neutro o muy poco impregnado de religión; se considera como saber sin más. Su entrada desencadena un entusiasmo que acaba convirtiéndose en desprecio hacia el saber que poseía hasta entonces el mundo latino, que palidece frente al saber griego y arabizado que Occidente redescubre o descubre enriquecido (Brague, 2013a: 258-259)

2.6. Precedentes del multiculturalismo: Bagdad en los siglos VIII - IX.

Como ya hemos hecho alusión anteriormente, el multiculturalismo no es cuestión de localización geográfica, y además es inherente a las condiciones contextuales concretas que se den; si bien es cierto que favorecen o perjudican su emergencia y crecimiento pero no suponen su condición de posibilidad, al menos, no al cien por cien.

Para apoyarnos en esta idea, tenemos como claro precedente uno de los emblemas del diálogo entre las tres culturas: la ciudad de Bagdad y la confluencia de culturas que albergó

en su interior, siendo el centro cultural por excelencia de la época; allá por el siglo VIII.

En ella se dieron cita fundamentalmente:

- Aportes culturales y científicos de la India.

- La herencia cultural de Persia.

- El saber griego, sobre todo, que había sido difundido ya por todo Oriente Medio con las conquistas de Alejandro Magno [vía difusa] y que ahora vuelve a ser transmitido [vía erudita] por intermedio de los cristianos nestorianos y monofisistas y por intermedio también de los sabeos de Harran (Torner, 1992: 38)

Y tanto es así que podemos considerar a Bagdad como un claro precedente del diálogo entre las tres culturas, que en no pocos trabajos que abordan los estudios sobre las traducciones mencionan a Bagdad como uno de los focos culturales más importantes del momento.

Damasco y Bagdad, capitales sucesivas del Califato islámico, fueron al mismo tiempo sedes de la más alta Cultura de su tiempo. Su vinculación, primero directa [política], con Córdoba; luego, tras la emancipación de Al-Ándalus, de permanente relación e influencia cultural, permitió a la última de las ciudades citadas seguir obteniendo reflejos de los antiguos focos emisores (Benito, 2000: 16)

La lengua será clave, por supuesto, como en toda ocupación intelectual, siendo en esta ocasión el árabe. Y todo ello estará influenciado por las fuertes corrientes de la religión musulmana.

Como ya sabemos, la religión en la Edad Media supondrá la guía que imponga preceptos sobre cómo las personas deberán enfocar su vida moral y social. Un aspecto que lo abarcaba todo, tanto el ámbito privado como el público, puesto que no se diferenciaba del mero hecho de vivir. Aún así, las fuertes imposiciones religiosas permitieron la influencia india, persa y griega.

De la India llegaron importantes textos sobre matemáticas, medicina y astronomía. De los persas se tomaron grandes rasgos importantes en cosmología como fue la tradición de conectar hechos históricos con la alineación de los cuerpos celestes.

Por último, la influencia griega no es posible definirla en un periodo histórico exacto ya que existen fuentes que afirman que la síntesis cultural entre el pensamiento griego y el Islam fue anterior y que ya en este tiempo coexistían varias líneas culturales distintas provenientes de comunidades griegas asentadas en tierras árabes. En lo que sí parece haber consenso es en el reconocimiento del papel fundamental de la mediación cristiana en la llegada de ideas griegas al mundo islámico.

Es probable que desde comienzos del siglo IV los cristianos fueran ya numerosos o que incluso constituyesen la mayoría de los habitantes... En el momento de la fundación de Bagdad se saben los herederos de cuatro siglos de historia y la conciencia de este hecho les dará una tranquila seguridad en sus discusiones con los musulmanes (Allard, M., 1962: 375)

Por otro lado, fueron los llamados sabeos los que se encargaron de llevar consigo y transmitir el lado más esotérico de la cultura griega. Fueron ellos los que construyeron unos de los primeros centros de traducciones.

Los sabeos transmitieron a los musulmanes los aspectos más esotéricos de la tradición griega: neopitagorismo y hermetismo.[...] Construyeron los sabeos también un centro de traducciones que alcanzó su máximo apogeo bajo la dirección de Tabit b. Qurra (Torneró, 1992: 45)

En lo que a mí respecta, he considerado de gran trascendencia la evidencia cultural de Bagdad y tomarla como referencia a la hora de encarar la cuestión del multiculturalismo en la ciudad de Toledo. Muchos son los que idealizan y engrandecen en demasía a Toledo tomándola como referente único en confluencia de culturas. Como vemos, Bagdad ya dio siglos antes sus primeros pasos hacia la integración de la diferencia aunque es cierto que tal vez lo que en ella se produjo no fuese un diálogo propiamente dicho sino más bien una coexistencia pacífica dentro de sus posibilidades.

Los centros de traducciones sirvieron como bibliotecas □organizaciones bien estructuradas que ya tenían un papel importante en la Antigüedad□y establecimientos de investigación. Se tradujo medicina, ciencia, matemáticas y filosofía fundamentalmente aunque también eran de reconocible importancia temas de conocimiento general.

Según cuentan algunas referencias que han llegado a nuestros días, se tradujo con un sistema bastante sofisticado y bastante bien estructurado pues contaban con un director encargado de la coordinación general así como traductores y editores especializados por materias. Todo este proceso de traducción era subvencionado por los califas, así se aseguraban la intervención en aquello que se traducía y cómo se traducía.

No interesa aquello que se sale de las cuestiones de la ciencia exacta, como puede ser la retórica griega, la poesía, la literatura, etc. Las traducciones iban encaminadas en este estilo y a raíz de las mismas se escribieron obras originales.

Quizá Toledo no gozó de una organización tan exquisita ya que incluso se pone en duda la existencia real de la Escuela de Traductores, aunque por otro lado sí que disfrutó de un diálogo entre culturas que fue más allá de una mera coexistencia sin enfrentamientos.

De aquí, parte de mi rechazo a considerar a Toledo como único y exclusivo ejemplo medieval de multiculturalismo, porque aunque prima en mí el deseo de considerar mi tierra embajadora del claro ejemplo de la posibilidad y la necesidad del entendimiento entre culturas, no deja de causarme exasperación el pensar en Bagdad como un tesoro en medio de arenas movedizas.

La actitud musulmana fue digna de encomio, pues su curiosidad hablaba por sí sola y no temió posicionarse frente a frente con otras culturas. Entran en contacto con otros pueblos sin temor ni pudor, responsables de ese ansia de saber que no encontraba límite ni siquiera en los férreos marcos impuestos por la religión islámica que intentaba, como cualquier religión en situaciones similares, evitar que los pilares fundamentales de sus conservadoras ideas fuesen sustituidos por otros irreconocibles dentro de la tradición.

Si esto sucedía, ¿cómo se iban a defender de lo extraño? La respuesta llegaría con el paso de los siglos: incluyendo dentro de nosotros mismos eso que consideramos extraño, haciéndolo a nosotros, quitándonos el miedo de encima y asimilando que lo que fundamenta nuestro mundo particular no tiene necesariamente por qué fundamentar el de otros.

3. La transferencia de ideas y confluencia de culturas: Escuela de Traductores de Toledo.

Esta línea de investigación acerca de la interculturalidad sabida en el siglo XII en torno a la ciudad de Toledo como máximo exponencial de la influencia entre las tres grandes culturas □a saber: cristiana, musulmana y judía□ no puede olvidarse de su contexto, atendiendo también a una línea histórica que sabrá delimitar lo que trataremos a continuación de la misma.

Sabemos pues, que la toma de Toledo tuvo lugar en el año 1085 seguida de la misma la toma de Zaragoza treinta y tres años después, en torno al 1118. Se da en aquel momento un primer contacto entre las culturas anteriormente mencionadas, tan distintas entre sí como complementarias pudieron llegar a ser. Un periodo duradero que permitió la confluencia sobre todo entre la cultura árabe y la latina. Un momento, como llamaron varios autores, de verdadera ósmosis ya que esta relación cultural fue estrechándose con el paso del tiempo. Su contacto, en parte obligado y en parte deseado, dio paso a ese ascendiente influjo recíproco.

Una época de indudable florecer cultural, en medio de una Europa cristiana adormecida entre férreos dogmas y creencias impuestas que no tenía intención alguna de abrir sus puertas a nuevos conocimientos. España dentro de este nuevo ambiente fue un infinito manantial que apagaba la sed de conocer. De modo que no serían pocos los intelectuales de la época los que encontrasen en esta ciudad, en este ambiente cultural, la oportunidad que desde hacía siglos sus antepasados seguían buscando. Ellos la encontraron.

Este momento representa para el pensamiento latino un giro decisivo en su desarrollo. Esta España en formación ofrece el aspecto de un medio cultural único. Suscita el entusiasmo, en particular entre los recién llegados, que encuentran aquí el modo de apagar su sed de saber y llenar una ignorancia de la que la Europa cristiana había comenzado a dar señales de sensibilidad (Brasa, 1996: 35)

Nadie hasta entonces había dado a conocer los grandes clásicos griegos, porque nunca fueron traducidos al latín y su difusión más que escasa podríamos decir que era casi nula. Se empezó a dar importancia precisamente a esta difusión, que no sería posible sin traducciones que hicieran accesibles esos textos a otros pensadores que no conocían la lengua original en la

que habían sido escritos.

Pero todo ello tuvo su condición de posibilidad años antes, cuando otros fueron los que se encargaron de dar una renovación profunda a España. Con nuevas organizaciones institucionales e intelectuales, nuevos valores y nuevos estudios que abrieran paso a una nueva sociedad que, aún bajo la tenaz consistencia de la Edad Media [época oscura por antonomasia], fueron capaces de impulsar un espíritu cultural, un ansia de conocimiento que llevaba consigo la apertura a nuevos mundos.

El mundo árabe se abría imponente al mundo latino cristiano.

Por su parte, los musulmanes y judíos generalmente, vivieron esta conquista de otro modo ya que su vivencia no les hizo recibir en sus dominios una invasión extraña sino que para ellos significó poblar regiones desconocidas que abrían el camino hacia nuevas ciencias. Lo que para ellos era conocido [África, Egipto, Oriente Medio y toda superficie conocida entre los Pirineos y la India] no tenía nada que ver con lo que en ese momento se divisaba en el horizonte. Y pronto sus conocimientos adquiridos en otras regiones fueron aplicados a estos nuevos espacios de tal forma que el saber árabe y judío empezó a convertirse en indispensable para el resto del mundo. Al menos, para España y más tarde para Francia y el resto de Europa.

Las obras árabes empezaron a ser conocidas y, de algún modo, accesibles al resto de la población latina. Y no solo ponemos como piedra angular la ciudad de Toledo ya que también en otros lugares el desarrollo filosófico fue muy notable; por ejemplo en Andalucía con autores tan notables como Averroes y Maimónides. Poetas, filósofos, escritores, intelectuales y místicos se dieron cita en nuestra tierra dejando en ella un legado importantísimo y notable en riqueza en filosofía, letras y ciencias. Por parte de los latinos serán muy destacados Juan de Sevilla o Domingo Gundisalvo como figura principal de la Escuela de Traductores de Toledo, entre otros.

Y todo esto florece en el siglo XII ya que no se tiene constancia alguna de que durante el siglo anterior se diera ningún intercambio cultural o de cualquier otro tipo intelectual entre árabes y latinos.

Por otro lado, no podemos dejar de reconocer que las diferencias religiosas latentes entre los que se vieron obligados a convivir con lo extraño, hicieron más difícil el entendimiento. Los musulmanes sufrieron las invasiones cristianas pero desde una posición moral □por llamarla de alguna forma□ superior, ya que ellos consideraban haber culminado la perfección religiosa y carecían de la humildad necesaria para acercarse a los demás en busca de sabiduría.

El islam se presenta incluso como el verdadero cristianismo, dado que, para él, los cristianos han desfigurado el verdadero Evangelio, del mismo modo que los judíos han falsificado la auténtica Tora. [...] Por ello el diálogo interesa más a los cristianos que a los musulmanes (Brague, 2013b: 23)

Lo que sí es cierto y merece ser destacado es que en este tiempo se atiende a una consolidación de las peregrinaciones a Santiago de Compostela ya que se construye el conocido "*Camino Francés*" que sirvió para concretar el contacto entre personas muy distintas venidas de lugares remotos.

Podemos incluso pensar en una Europa embrutecida que se centra solo en los campos de batalla, donde incluso monjes y letrados se sienten mucho más a gusto que en las bibliotecas. Ellos no llegaron a interesarse por el avance de las nuevas ciencias y la evolución de la filosofía venida a bien gracias a la difusión de nuevas obras.

Porque en el siglo XI la mayor parte de este trabajo es llevado a cabo por los árabes que en lugar de querer formar parte de pugnas por territorios e ideas radicales, se consagraron a la ilustre tarea de interpretar los textos filosóficos y científicos.

3.1. Ciudad de Toledo.

Remontándonos varios siglos atrás, Toledo ya era ciudad visigoda alrededor del año 418. Fue convertida en capital del reino rápidamente ya que sus favorables características territoriales, entre muchas otras, no fueron pasadas por alto. Adquirió una notable importancia llegando a alcanzar más de los diez mil habitantes y convirtiéndose en una de las ciudades más amplias e influyentes.

Todo ello acabó con la conquista árabe en el año 711. Sometieron sin ninguna dificultad a la ciudad y la renombraron *Tulaytula*. De entre todas las ciudades de Al-Ándalus □ los árabes consideraban que Al-Ándalus abarcaba toda la península ibérica □ fue la única conquistada sin hacer uso de la violencia atroz que produce la guerra.

Los árabes se asentaron en Toledo, capital de los cristianos, en torno a mediados de Muharram del año 478 siguiendo su propio calendario. Y pronto se convertirá en el centro de toda la comunidad que conforma este nuevo país árabe ya que su posición, riqueza y extensión la hacen la más notable de todas.

Sus anteriores habitantes huyeron y se asentaron pues allí mismo parte del pueblo judío y solo algunos soldados ya que el resto fueron en busca de los toledanos que se habían convertido en fugitivos al huir apresuradamente. La conquista árabe ya no tenía fin y no había fuerza humana ni divina capaz de frenar su constante avance territorial. Se llegó a Guadalajara, de allí a la conquista de Galicia pasando por Cartagena, Tarragona...

Durante la conquista de Al-Ándalus los árabes encontraron en Toledo objetos preciosos en tal cantidad, que sería casi imposible describirlos. [...] Había 170 coronas con perlas y toda clase de piedras preciosas. Encontraron también la mesa de Salomón, hijo de David y estaba tallada en una sola esmeralda (Al-Himyari, 1938: 22)

Pero cabe preguntar ¿fue, realmente, Toledo conquistada? ¿O simplemente pasaron a ocupar un lugar abandonado? ¿Cuál es el mérito real de coronarse en la cima de una alta montaña si no se ha subido a la misma peldaño a peldaño?

Toledo, abandonada por sus habitantes ante el terror de ser masacrados, fue entonces una ciudad rica y a su vez muy fácil de conquistar. Fue una riqueza ofrecida en bandeja de plata; y aún sabiendo que esta no es la cuestión que nos ocupa, quizá mereciera la pena reflexionar sobre ello.

La reconquista de Toledo, según escritos y estudios de muchos historiadores, se produjo exactamente el 25 de mayo de 1085 aunque otros la fechan el 6 de mayo de ese mismo año; La toma de Toledo fue un acontecimiento de mucho valor histórico porque después de casi cuatrocientos años de ocupación árabe □ concretamente 375 □ fue la primera ciudad

reconquistada por los cristianos, que encontraron en ella una ciudad monumentalmente imponente pero moral y políticamente destruida, arruinada.

Alfonso VI entraba en una ciudad desmantelada. La dispersión de los habitantes de Toledo comenzó durante el asedio a la ciudad, antes de su conquista definitiva. La mayor parte de los hombres verdaderamente importantes de Toledo se refugiaron en Córdoba o en Sevilla o en Granada, o cruzaron el mar para refugiarse en el norte de África (Brasa, 1996: 37)

Aunque es sabido que otros pensadores notables permanecieron en la ciudad y muchos tuvieron que convertirse al cristianismo, rechazando no solo sus tradiciones y creencias sino también su forma de vivir y de pensar.

Porque ahora se habían vuelto a invertir las fuerzas, ahora los cristianos sometían a los árabes. Pero estas conversiones no solo deben ser tenidas en cuenta como prueba fehaciente de dicho sometimiento sino también como síntoma de una gran desorientación ya que este cambio ideológico ya fue notable □ aunque en menor medida □ en el siglo XI, antes de la reconquista de Toledo.

Porque la actitud general de los intelectuales de las diferentes culturas, movidos a interesarse por lo positivo de las creencias diferentes a las propias, había desembocado en inquietud religiosa.

Comenzó pues a madurar esa confluencia de las tres culturas de forma que los judíos seguían manteniendo su importancia, los latinos habían vuelto a tomar Toledo y ocupaban la ciudad como esa ciudad cristiana que en su día fue, y por su parte los árabes, mozárabes y mudéjares continuaban el culto islámico y usando la lengua árabe.

Por lo demás, Toledo sería ya entonces, una vez incorporado por Alfonso VI su arrabal al nuevo recinto amurallado, una ciudad de aproximadamente 30.000 habitantes, organizada en collaciones y parroquias, de las que 26 eran latinas, 6 mozárabes y 2 judías (Benito, 2000: 21)

A fin de transitar por la Toledo medieval a lo largo de los siglos y sus lentos pero evidentes progresos, nos dedicaremos a ahuyentar los fantasmas de los tópicos generales que pululan a su alrededor. Y con el empeño de alcanzar nuestro objetivo, circunscribiremos estrictamente

nuestro estudio en torno a la Escuela de Traductores de dicha ciudad y la naturaleza de su existencia.

3.2. Escuela de Traductores de Toledo.

Son escasas las primeras referencias históricas que se tienen de la Escuela de Traductores de Toledo. Es concretamente en las investigaciones de Amable Jourdain publicadas en 1819 donde se encuentra la primera mención sobre la Escuela de Traductores de Toledo, exactamente a lo largo del Capítulo III y de ahí en adelante son muchos los autores que mencionan este término en sus respectivas obras como pueden ser Ernest Renan y Marcelino Menéndez Pelayo.

En esta obra de la que hablamos, se pasa a describir por vez primera lo que él mismo llamó «*collège de traducteurs*».

El capítulo III (donde aparece la primera mención histórica de la escuela de traductores de Toledo) fue el último que pudo corregir en vida Amable Jourdain y se puede considerar una «versión definitiva». [...] Los hallazgos de Jourdain reaparecen (aunque con intenciones muy diferentes) en Averroes y el averroísmo (1852), de Ernest Renan, y en la Historia de los heterodoxos españoles (1881), de Marcelino Menéndez Pelayo. [...] Ambos citan literalmente en los párrafos de Jourdain que describen el llamado «*collège de traducteurs*» (Gargatagli, 1999: 9)

Además de Alfonso VI, que reconquistó Toledo, otra de las figuras importantes dado este contexto y que dotó a la Escuela de Traductores de Toledo de gran impulso fue el arzobispo Raimundo de Sauvetat. Dando rienda suelta a la imaginación podría sonar incluso utópico conseguir unir las tres culturas bajo una misma institución cultural ya que además esta sería dominada más que dirigida por los cristianos. Pero así fue, se aprovechó la armonía con la que convivían moros, cristianos y judíos, llevando juntos a cabo un proyecto común.

También destacan otros arzobispos posteriores como Rodrigo Jiménez quien encargaría una nueva traducción del Corán, o Gonzalo Pedro Gudiel quien fue perteneciente a una notable familia, hablaba árabe y castellano, y llegó a ser arzobispo de Toledo posteriormente al año

1280 aproximadamente. Otra figura notable, aunque no arzobispo, sería Alfonso X El Sabio, quien siguió impulsando de forma muy viva la Escuela de Traductores.

Se crearán diferentes escuelas, influidas por la importancia de la de Toledo, en Sevilla y en Murcia, entre otros lugares. Haciendo que la difusión empezada tiempo atrás fuese más amplia y más rápida.

A principios del siglo XIII, casi todos los filósofos árabes y judíos, si exceptuamos a Avempace y a Tofail, conocidos sólo de oídas por los escolásticos, y a Averroes, cuya influencia directa principia más tarde, estaban en lengua latina. Al-kindi, Alfarabi, Avicena, Algazel, Avicibrón y los libros originales de Gundisalvo corrían de mano en mano, traídos de Toledo como joyas preciosas. Una nube preñada de tempestades se cernía sobre los claustros de París (Menéndez Pelayo, 1956: 494)

Recogemos el testigo de un contexto cultural, político y social de ricas características y por esto mismo aceptamos la invitación que Marietta Gargatagli nos deja en su artículo para *Quaderns. Revista de traducció* bajo la cual describe a la perfección nuestro cometido:

Debemos a Amable Jourdain el «descubrimiento» de la escuela de traductores de Toledo; a la posteridad cabe describir qué fue, pero más importante aún, qué extraordinarias formas culturales le permitieron existir (Gargatagli, 1999: 13)

3.2.1. Escuela de Traductores de Toledo como institución: debate sobre su existencia.

Lo que sí es cierto es que hace relativamente pocos años se puso de manifiesto una especie de línea argumental que afirma que no existió una Escuela de Traductores en Toledo, al menos, no propiamente dicha como institución académica y cultural. Se argumenta que, en efecto, la introducción histórica del término aparece muy tardíamente. De la mano de Jourdain como hemos especificado anteriormente, siendo incluso más tardía en España proveniente de la obra de Menéndez Pelayo en 1881 llamada *Historia de los heterodoxos españoles*. Y, por otro lado, es reseñable que los autores y figuras notorias de la Escuela de Traductores de Toledo no coinciden cronológicamente hablando.

Debemos tener en cuenta que Toledo fue una ciudad carente de universidad hasta el siglo

XVI y aunque fuese cogiendo fuerza con el tiempo no llegó a ser una de las universidades más reseñables y prestigiosas del país. Pero no debemos tomar estos datos interpretándolos desde el reproche ni desde la incredulidad, sino más bien desde un punto de vista antagónico a este: pues es admirable que una ciudad, carente de organización académica, sacase adelante un gran proyecto cultural de tales magnitudes e incluyendo en su esencia el lazo de unión de tres culturas diferentes, cada una dominante a su modo.

Son muchos los que afirman que los pensadores que desde la antigüedad han alabado las proezas de la Escuela de Traductores de Toledo lo han hecho influenciados y persuadidos por leyendas, careciendo totalmente de documento alguno que acredite su existencia.

Está fuera de toda duda que en Toledo se estudiaba y no solo se traducía. [...] Lo curioso es que no quede testimonio directo acerca de cómo ni dónde se impartían los conocimientos que los selectos peregrinos del saber venían a buscar a Toledo (Márquez, 1996: 30)

Se estima entonces la inexistencia de la Escuela de Traductores porque se afirma que la enseñanza en ese momento histórico era únicamente privada, sin que en ella interviniese en absoluto ningún poder político ni eclesiástico. Judíos y mozárabes instruían a su comunidad en disciplinas diseñadas por los islámicos; a saber: filosofía, astrología y artes mágicas.

Debemos hacer referencia a la corriente de pensamiento, aunque casi extinta en estos momentos, que sigue defendiendo la existencia de la Escuela de Traductores de Toledo como una organización tanto en método como en lugar geográfico y la sitúan en torno a las inmediaciones de la Catedral de Toledo. De hecho encontramos referencias distintas a ella que la catalogan como un centro de enseñanza de traducciones ubicado en la ciudad toledana. Es el caso de Amable Jourdain, Rose y Dunlop.

Rose es el primero en explicitar la condición de «escuela» que A. Jourdain había atribuido en su día a los traductores medievales toledanos, agrupándolos en un auténtico «collège». Esta tesis de Jourdain y de Rose ha encontrado también eco en D. M. Dunlop, para el que el Toledo de los traductores toledanos habría sido, además de un marco de traducción, un «centro real de enseñanza». [...] Rose señaló la Catedral de Toledo (donde sigue estando la capilla de la Trinidad) como lugar físico del centro de enseñanza de los traductores toledanos (Vegas, 2005: 110)

Pero el caso es que muchos otros, como fue Brunett, pusieron en duda estas afirmaciones y aunque concedieron cierto beneficio de la duda a que pudiera ser viable que la propia Escuela de Traductores se encontrase dentro o en las inmediaciones de la Catedral, no terminaron de darle credibilidad.

Puede que el propio Jourdain en sus escritos lo único a lo que quisiera referirse al usar la palabra «*collège*» es a un grupo de personas, a un colectivo que se sumía bajo una misma tarea sin estar necesariamente bien organizados.

El problema es que, como muchos otros filósofos denotaron en su momento, cada concepto está mediado por las circunstancias que lo rodean de forma que podemos utilizar una misma palabra sin que bajo la misma encontremos exactamente el mismo contenido. Intentando, pues, no demorarme en cuestiones propias de la filosofía del lenguaje, solo anotaremos esta clara distinción para tenerla en cuenta más adelante.

Quizá la palabra escuela, en castellano, denote una organización planificada e institucional; un matiz que no se encuentra en la palabra francesa usada por Jourdain en su obra. ¿Estaría aquí el principal problema de la verdadera existencia de la Escuela de Traductores de Toledo?

Y si su existencia fue real, ¿por qué los traductores y pensadores medievales no hicieron jamás referencia a ella?

Lo más sensato llegado a este punto sería, tal vez, asumir que aunque no existiera una Escuela de Traductores en Toledo, organizada institucionalmente; sí que hubo una gran proliferación de traductores individuales que nunca llegaron a constituir un grupo definido.

Sánchez Albornoz en *El Islam de España y el Occidente* reconoce que «nunca existió una escuela en el estricto sentido del vocablo», es decir, un cuerpo de traductores organizado y coherente. Toledo fue, sí, el centro principal donde trabajaron hispanos y extranjeros y ese movimiento fue favorecido por D. Raimundo y por alguno de sus sucesores (Brasa, 1996: 40)

En lo que a mí respecta, soy partidaria de esta línea que yo misma he definido como la más sensata.

Pero quiero hacer notar la importancia de poner nuestra mirada en la interculturalidad vivida, existente, notoria e innegable que en España, concretamente en Toledo, se dio en torno a los siglos XI, XII y que continuó de forma notoria en el siglo XIII de la mano de Alfonso X El Sabio.

¿Es realmente importante saber si la Escuela de Traductores fue una escuela en cuanto tal? ¿Nos ha hecho falta, para estudiarla y admirarla, saber de qué color eran los ladrillos de su fachada? Definitivamente no. La Escuela de Traductores es más que todo eso, un símbolo. Un símbolo y una afirmación de que la armonía entre culturas no solo es posible sino que también es necesaria. Que enlazando culturas y llevándolas de la mano podemos llegar a vislumbrar un horizonte mejor.

De este modo, al no existir constancia de una escuela propiamente dicha en el sentido de continuidad de magisterio y única localización geográfica, podemos incluso decir que la Escuela de Traductores de Toledo □aunque no en el sentido estricto de la palabra□ tuvo una extensión encomiable.

Si por escuela se entiende un conjunto orgánico de maestros, escolares, aulas y bedeles, no existió la Escuela de Traductores, ni nadie pensó que pudiera existir, pero sí hubo escuela toledana en el sentido de un conjunto de estudiosos que continúan en un mismo lugar, en unas mismas bibliotecas, en unos mismos procedimientos, trabajando en un mismo campo, el de la ciencia árabe (Menéndez Pidal, 1956: 37)

Llegó a lugares en los que de llegar a ser una institución física y rígida no habría llegado puesto que hubo importantes traductores que llevaron a cabo su importante labor lejos de la ciudad de Toledo pero siempre bajo el amparo de este ambiente cultural que todo lo abarcaba. Las traducciones crecieron de forma que las famosas obras orientales se convirtieron en latinas y también en hebreas.

Las traducciones de textos originales árabes se las debemos al encomiable trabajo de los intelectuales españoles, especialmente a los pertenecientes a la Escuela de Traductores de Toledo y tal vez por ello debamos seguir hablando de la Escuela como si de una institución se tratase pese a saber que lo más probable sea que no lo fuese nunca.

Por ello, como bien cita Serafín Vega González en uno de sus trabajos realizados en torno a la Escuela de Traductores de Toledo a Amable Jourdain, no debemos esta difusión de cultura e ideas a las cruzadas que poco se preocupaban de letras sino más bien de enseres materiales y reliquias que poder acumular en sus botines tras el saqueo de las ciudades.

Se lo debemos más bien a los procedimientos de traducción ya fuesen organizados o no. Porque Jourdain pretendía con sus escritos afirmar que la procedencia de los conocimientos novedosos que recibieron los latinos cristianos fue gracias a la influencia árabe llegada por otros métodos que no incluían las Cruzadas.

Lo que Jourdain tenía claro era que «todas las traducciones derivadas de un texto árabe, se las debemos a España» y, de modo especial, a los por entonces desconocidos (para los contemporáneos de Jourdain) miembros del «collège de traducteurs» de Toledo (Vegas, 2005: 112)

Es de justicia, por lo general, concederle el beneficio de la duda a la existencia real de la institución ordenada y compleja que habría supuesto la Escuela de Traductores de Toledo si hubiese existido; y todo ello sin olvidar que la grandísima labor traductora medieval a la que debemos lo que hoy conocemos sí que existió realmente y hay evidencias de ello. Dejemos de mirar al pasado con pensamientos destructivos que solo buscan evidencias materiales y fijémonos en esta época, en Toledo y en sus traductores con ojos abiertos que penetren en la realidad cultural y filosófica del momento.

3.3. Las traducciones toledanas.

Lo que parece que sí tiene consistencia histórica fundada en escritos antiguos es que esta labor traductora, pese a no estar del todo especializada ya que se limitaban a filosofía pasando por algunas de las ciencias ocultas, no requerían de una exactitud minuciosa pero contó con el gran apoyo del arzobispo Raimundo. Los estudios latinos, árabes y hebreos se convirtieron en el epicentro de toda una interculturalidad española digna de alabanza.

Hablamos de una contaminación en el mejor sentido de la palabra, pasando por sus usos más comunes. Las lenguas al entrar en contacto, se contaminaban unas a otras dando paso a

conceptos nuevos o palabras consideradas no cultas que formaban no en pocas ocasiones un dialecto de uso común entre los que necesitaban una mediación entre mundos que aparentemente eran opuestos.

Por ello, los traductores debían conocer a la perfección las lenguas, no solo la materna o la culta usada en otras culturas como era el árabe, sino también dialectos y formas de uso del lenguaje más coloquial que con el paso del tiempo iban emergiendo, colándose no solo en el pensamiento y la cultura popular sino también en algunos escritos de la época.

Los traductores siempre a la altura de las circunstancias que le exigían un nivel de trabajo y de precisión exquisitos pues debían también estar a la altura intelectual de los textos y los autores a los que se enfrentaban, tratando de traducirlos lo más fielmente posible. Muchos eran los que se iban especializando sobre la marcha y con la práctica de los años en cuestiones específicas. Mientras más concreto y exacto era un tema a tratar □temas científicos y matemáticos generalmente□ más dificultosa se volvía su traducción y posterior difusión.

Si la traducción no era exacta o no se conocían los conceptos usados en el texto esto bien podría generar errores de gran envergadura en el desarrollo de nuevas ideas y de textos originales. Los traductores fueron así no solo especializándose en la lengua que traducían y sus concepciones más complejas limitándose al plano técnico sino que también iban adquiriendo nuevos conocimientos que una vez traducidos correctamente podían ser incluidos en obras propias.

Se me pasa inevitablemente por la cabeza la idea de considerar al traductor como poco más que un sabio que manejaba casi a la perfección cualquier ámbito de interés científico: geometría, música, matemáticas, aritmética y muchos otros.

El problema que percibo puede considerarse mínimo pero cabe reconocer que tuvo gran repercusión tiempo más tarde: conforme más avanzaba la ciencia, más retrocedía el acercamiento entre religiones y más radicales se hacían sus seguidores.

A lo que pretendo arrojar luz es al hecho de que un traductor cristiano podía perfectamente traducir una obra árabe e incluso interesarse por su forma de pensar pero nunca traduciría al

latín los preceptos del Corán por el mero hecho de difundir entre la población cristiana sus Sagradas Escrituras para que pudieran conocerla de primera mano y, al menos, juzgarlas en primera persona.

De la misma forma, pensadores y traductores árabes jamás traducirían los Diez Mandamientos o la Biblia para que a los fieles del islam les fuese fácil conocer otra religión y reflexionar sobre qué las une y qué las separa.

¿A qué precio avanzó la ciencia y la filosofía? Al precio de olvidar una parte de la vida misma que era indispensable para otorgar contenido real a la verdadera confluencia de culturas. Esto ha derivado en diversos problemas, entre ellos los de considerar que la forma es contenido. Creer que por el mero hecho de coexistir a duras penas con el que tenemos al lado significa respetarlo y tolerarlo. Actualmente en el mundo de lo "políticamente correcto" en donde de cara a la galería sonreímos ante la diversidad pero al cruzar la puerta de casa somos partícipes de una forma u otra de la exclusión y el rechazo ante lo diferente.

Dicho esto, pretendo arrancar lo positivo de lo que hoy ocupa mi investigación y considerar que, al menos, las traducciones aunque limitadas a ciertos aspectos del intelecto fueron un gran primer paso hacia la interculturalidad.

Era demasiado difícil encontrar a personas que tuviesen capacidad y conocimiento suficiente en todas esas lenguas para llevar a cabo las traducciones, por eso mismo consideraría un despropósito pedirle a la época y a su contexto más de lo que sus posibilidades pudieran permitirle.

Después de lo que acabamos de decir, no resulta fácil adentrarnos en el mundo de las traducciones para obtener un texto en otra lengua. ¿Cómo arreglárselas para verter al latín el legado cultural árabe depositado en las bibliotecas toledanas? Hoy la tarea de traducir es y nos la imaginamos muy simple. Cualquiera de nosotros traduce un pasaje del francés, del inglés, del alemán... y lo incorpora a una tesis, un artículo, a una conferencia..., lo citamos y nuestra misión ha terminado. Otra cosa distinta es cuando se trata de una obra entera (Brasa, 1996: 42)

No puedo estar más de acuerdo con las palabras citadas, pues me resulta una maravilla que una persona pueda adquirir □con su trabajo y práctica□ la capacidad de traducir casi sin

esfuerzo un texto desde su lengua original. Y es un hecho que muy a menudo pasa desapercibido dada su normalización y automatización. Hoy tenemos la facilidad de encomendarle esa tarea a una máquina pero en los siglos de los que hablamos bien podríamos considerarlo poco menos que una empresa titánica traducir textos que en muchas ocasiones estaban muy deteriorados, que su adquisición se había vuelto toda una odisea u otros escritos de forma que ni siquiera entre palabras existía separación alguna o signos de separación.

Las traducciones se llevaban a cabo entre varias personas, una que tomaba el texto en versión original y de forma oral lo transmitía a otro traductor que se encargaba de su conversión a la lengua deseada. Lo que también resulta maravilloso es el hecho de encontrar constancia de este proceso no precisamente entre manuscritos de la época sino por la evidencia de las personas que intervenían en los errores que cometían dada la dificultad a la que se enfrentaban. Muchas veces errores de índole fonética en los escritos ya traducidos provocados por la recepción oral del mismo por parte del primer traductor, el oyente y finalmente el monje copista que terminaba de reflejar el texto en la lengua final.

Si el primer traductor leía mal por la complicación del texto original, el oyente no pronunciaba correctamente o el monje copista entendía mal, los errores se multiplicaban. Con lo cual las labores traductorales no eran nada sencillas, eso sí, los errores bajaban considerablemente cuando en el proceso intervenían menos personas.

Fue el caso de Gundisalvo, una de las figuras más importantes de la Escuela de Traductores de Toledo en la que profundizaremos un poco más adelante. Él se encargó de traducir a Avicena junto a Ibn Dāwūd que era un judío converso que había vivido con los musulmanes para posteriormente trasladarse a territorio de habla castellana.

El análisis del prólogo del *Liber de Anima* nos deja ver cómo fue su proceso de traducción, un proceso en el que en lugar de intervenir entre tres y cuatro personas solo intervinieron ellos dos. Su punto de encuentro lingüísticamente hablando fue la lengua romance, pues era conocida bien por ambos, mientras que el árabe □lengua del texto original□ era conocido solo por Ibn Dāwūd y el latín □lengua a la que debían traducir la obra□ solo era conocida por Gundisalvo.

De esta forma, Ibn Dāwūd traducía a lengua romance y Gundisalvo terminaba el proceso de traducción convirtiendo lo obtenido en lengua romance al latín.

El judío converso lee el texto en árabe, lo traduce mentalmente al romance, dicta su traducción al romance y llega a los oídos de Gundisalvo, que lo traduce mentalmente al latín y lo transcribe al latín (Brasa, 1996: 43)

El traductor que se encargaba de la última parte del proceso no conocía la lengua original y al no estar en contacto con ella siempre necesitaba de otro o de otros que sumieran su carencia. Pero el resultado final era lo importante, por ello nunca se han encontrado manuscritos o indicios escritos de las traducciones que fueron intermediarias. También dado que en la mayoría de las ocasiones estas primeras traducciones se daban de forma oral y no de forma escrita.

Está claro que, teniendo precedentes de primeras traducciones que fueron perfeccionando su método de proceder como fue el caso de Bagdad, en Toledo no se encontrarían tantas dificultades. Aunque, dicho sea de paso, no debemos dejar de reconocer la magnitud de su tarea. No dejan de ser trabajos mentales de gran complejidad, pues traducían mentalmente y posteriormente eran los monjes copistas los que revestían de una nueva lengua los textos originales. Cada cual debe tener claro cuál es su papel y debe saber cómo desempeñarlo a la perfección.

Menéndez Pidal reconstruye la actuación de aquellos *tandems* compuestos por un sujeto bilingüe en árabe y en romance, y otro erudito, versado en la materia tratada, capaz de trasladar los contenidos de la versión vulgar al latín culto, lengua de comunicación y difusión en los medios intelectuales españoles y europeos (Benito, 2000: 25)

Encontramos un gran interés por Aristóteles y sus ámbitos más valiosos como pueden ser la ética, la retórica, la poética y, por supuesto, la política. Son éstas traducidas al latín aunque con mayor o menor acierto. Hay autores que reconocen en los comentarios a estas obras un mayor contenido que en las propias traducciones pues hay algunas que han llegado a deformar los escritos originales dándoles una forma que en un principio no existían.

Por consiguiente, hemos visto necesario adentrarnos un poco en aspectos técnicos de las traducciones para llegar al fondo de la cuestión que nos ocupa: el diálogo cultural se hizo

presente cuando la conocida como población culta cae en la cuenta de que hay todo un mundo "ahí fuera" que de ser descubierto por ellos podría aportar numerosos beneficios no solo intelectuales sino también aplicables a la vida cotidiana de las personas. Los adelantos médicos, matemáticos y científicos eran necesarios y estaban al alcance de la mano si sabían reconocer que era precisa la ayuda de una mano extranjera.

Y así fue, pues una vez reconocemos que no somos capaces de abarcarlo todo por nosotros mismos empezamos a permitir la ayuda de otros que también están deseosos de conocer la otra parte de ese mundo desconocido.

Fue justo ahí donde la contaminación entre culturas se hizo posible: los intelectuales de la época se dejaron rodear por otros de su mismo calibre, aunque quizá los asentados en la creencia de estar en la cima del conocimiento los llegasen a mirar con cierto desdén.

Los hubo como Gundisalvo o Miguel Escoto que encontraron refugio cultural en brazos judíos, sin embargo otros como Hermann el Alemán □ traductor de *Comentario medio* de Averroes dedicado por entero a la *Ética a Nicomaco* aristotélica □ lo encontraron en manos musulmanas y abrieron paso a los expertos en las lenguas usadas por los árabes para luego pasarlas al romance que era conocido por los hablantes latinos.

3.3.1. Avances en las traducciones toledanas: los comienzos de la traducción directa.

Como era de esperar, según pasaba el tiempo y según otros muchos iban sumándose a esta bonita causa cultural □ y bien podría decirse que también fue una gran empresa de cambio social □ los métodos de traducción fueron avanzando y haciéndose más eficientes. Si anteriormente hablábamos de traducciones comunes a tres o cuatro personas que más adelante se redujeron a solo dos; ahora hablamos de una sola persona encargada de todo el proceso al completo.

Es el ejemplo de Gerardo de Cremona, muy conocido en tierras toledanas ya que es considerado uno de los traductores más prolíficos de la Escuela de Traductores, al que no se le conocen ayudantes o colaboradores y aún así fue capaz en solitario de traducir del árabe al latín muchísimas obras originales o otras tantas procedentes de otros traductores.

El italiano inaugura un nuevo procedimiento de traducción. No podemos incluirlo en ninguno de los grupos anteriores. Traduce solo, con lo cual queda suprimido uno de los personajes que intervenían en el proceso de traducción de Ibn Dāwūd-Gundisalvo, así como la lengua intermediaria. Traduce directamente del árabe, incluso obras ya traducidas por Ibn Dāwūd-Gundisalvo. Gerardo es un arabista y busca el método directo en sus traducciones del árabe (Brasa, 1996: 45)

De este modo, Gerardo de Cremona pudo conocer en primera persona las primeras traducciones árabes de las obras originales griegas que siglos atrás ya habían encontrado la luz en el mundo islámico.

Ahora podemos pronunciar en voz alta la pregunta que nos ronda llegados a este punto: ¿Qué beneficios trajo este nuevo procedimiento de traducción directa?

Pues bien, además de hacerlo mucho más rápido y eficaz al no incluir la colaboración de terceros, redujo muchísimo el margen de error que anteriormente comentábamos.

Y no solo esto, también podemos apreciar la claridad conceptual de las traducciones directas ya que el vocabulario empleado en ellas procedía directamente de las lenguas maternas usadas en los textos originales y no de las lenguas intermedias que se solían usar y que a veces no acababan de encontrar el camino correcto hacia el paralelismo exacto entre ideas o conceptos.

El proceso en el caso de Gerardo de Cremona sería el siguiente: Personaje cristiano, que es el lector mental del árabe, reconstructor mental del texto griego, traductor mental del texto árabe con influjo griego y transcriptor al latín de lo traducido. Los errores posibles ahora disminuyen pero pueden darse errores de lectura, influjo del griego en la traducción de lo leído en árabe y posible error de escritura (Brasa, 1996: 46)

Por descontado, los errores eran aún numerosos, y no debemos ser demasiados taxativos al respecto pues tenemos la responsabilidad de no olvidar que en tiempos de modernidad e incluso hoy en día los errores en las traducciones no se han reducido al cien por cien, cosa que quizá sea del todo utópica.

Puede que profundizando en cuestiones de contenido nos percatemos de que la labor de traducción no solo abarca el terreno de lo formal sino que se aproxima tanto a cuestiones

meramente interpretativas que ambas esferas llegan a tocarse y, a veces, a confundirse. ¿Suponen un error las interpretaciones que quizá se alejen un poco de las aceptadas generalmente? Puede que no y que, además, sean del todo necesarias.

Por supuesto, hablamos de un proceso de cambio lento pero que avanzaba de forma segura.

3.4. Domingo Gundisalvo: Ejemplo de interculturalidad en la Escuela de Traductores de Toledo.

Ni qué decir tiene que a la hora de enaltecer la actividad filosófica e intelectual habida en las inmediaciones de Toledo, más concretamente en torno a la Escuela de Traductores, es del todo imposible afirmar con certeza y sin faltar a la verdad que dicho trabajo fue llevado a cabo por una sola persona.

Además, plasmado ha quedado en esta investigación un amplio abanico de nombres que significaron una importante prosperidad y que no caerán en el olvido si de nosotros depende. Dicho esto, es de precisa aclaración que no queremos atribuir a Domingo Gundisalvo proezas que no fueran de su autoría o virtudes que no fuesen plausibles en su persona. Sencillamente vemos en él un ejemplo de interculturalidad dentro de las traducciones toledanas y, como tal, hemos visto oportuno dedicarle un mínimo interés, del todo necesario.

Ya de entrada es imprescindible aceptar que las traducciones llevadas a cabo en Toledo significaron un significativo desarrollo de la filosofía europea y occidental si hablamos desde un punto de vista teórico.

Pero, si miramos desde la perspectiva de la interculturalidad, apreciamos que el progreso no solo lo protagonizó Occidente sino que Oriente formó parte de él con la misma magnitud. ¿Por qué? Porque si bien el influjo teórico fue unilateral [de Oriente a Occidente], la influencia fue bidireccional ya que se acabó configurando la coyuntura de ambos mundos aparentemente opuestos.

Domingo Gundisalvo es, pues, uno de los filósofos más importantes del siglo XII ya no solo en cuestiones menores en base a sus numerosas traducciones sino también porque su

pensamiento llegó a ser de gran influencia en el pensamiento medieval. Y esto, tal vez, no habría sido posible si en sus tareas no hubiese contado con la colaboración de Ibn Dāwūd, que fue su imprescindible compañero en el largo camino del saber.

Inició su amplio recorrido por sendas eruditas en el año 1140 aproximadamente aunque de su vida personal poco se conoce, y desde sus inicios Ibn Dāwūd (del cual también encontramos referencias a su persona con el nombre de Avendauth) fue su mano derecha. Tradujeron títulos muy destacados de autores como al-Kindi, al-Gazali, al-Farabi, Avicena y de telón de fondo los planteamientos aristotélicos más reseñables.

Existen documentos que acreditan su prolífica obra pero, como decimos, su biografía sigue siendo un mar de incógnitas pese a que ha sido estudiado a conciencia por muchos investigadores e historiadores. Sí que se conocen escritos que se asocian a su persona pero su nombre aparece en diferentes formas dependiendo de la índole del texto. En ocasiones, se le conoce como "Dominicus Gundisalvi", otras como "Dominus Gundisalvus" que son las que más se acercan a la cómo lo denominamos actualmente, otros escritos hablan de "Domingo Gonzalbo" y otras tantas hacen referencia al arcediano de Cuéllar.

Es de recibo pensar que él mismo firmase sus obras de distinta forma o que tal vez con el paso del tiempo otros autores hicieran referencia a su persona dependiendo del idioma en el que lo leyesen y escribiesen de él. Lo único que podemos decir es que, teniendo en cuenta que es poco probable que algún día lleguemos a descubrir exactamente quién fue, se concluye generalmente que todos esos escritos que señalan a ese traductor toledano □el que fuera figura principal de la Escuela de Traductores□ se refieren a Domingo Gundisalvo. Nuestro principal objetivo será dejar cuantos menos detalles por el camino sin cosechar y lo que nuestra coherencia nos lleva a pensar es que no hay indicio alguno de que estos diferentes nombres apunten a personas distintas sino siempre a una misma.

Si se admite que en estos cuatro documentos se habla de una misma persona, es ineludible constatar que ya en tiempos de Gundisalvo había una cierta vacilación con respecto a la forma de su nombre. En efecto, el mismo arcediano de Cuéllar es nombrado a veces como Dominicus Gundisalvi, y otras como Dominicus Gundisalvus (Fidora, 2009: 30)

Y se habla, no pocas veces, de que esta última variación de nombre a la que nos referimos, se deba a la distinción que en el Medievo se hacía entre el filósofo y el traductor. Hay líneas de investigación que, por el contrario, no apoyan esta hipótesis.

Traducían lo que ellos consideraban de índole importante y original, el problema es que ellos eran conscientes de que el mundo cristiano enraizado en fuertes e imponentes leyes en el que vivían aún no estaba preparado para según qué ideas de corte novedoso. Por ello su labor no solo llegaba a la mera traducción, que ya de por sí era de proceso complejo, sino que también eran adaptadores de esas ideas para que pudieran encajar.

Ahora bien, su novedad les obligaba a hacer algunas aclaraciones y adaptaciones a la cultura cristiana, y por ello a presentarse como autores de algunos escritos. Se trata de obras de carácter original, en las que se incorpora gran parte de la filosofía árabe (Fidora, 2009: 16)

Primero se traduce, luego se edita y en definitiva, si se cree conveniente, se crean textos originales.

Además, Gundisalvo es autor de cinco obras propias, cuya cronología no se ha podido establecer aún de manera concluyente (Fidora, 2009: 26)

Este procedimiento merece una alusión especial ya que las traducciones como mero análisis y reconfiguración de textos no aporta nada nuevo al conocimiento. Es la labor hermenéutica la que ofrece novedad y, sobre todo, la conciencia exquisita de algunos traductores □ como fue el caso de Domingo Gundisalvo □ que no solo tuvieron curiosidad por lo desconocido sino que además desarrollaron la habilidad de traducirlos y adaptarlos para que, al menos, parte de la nueva teoría fuese aceptada.

Se inicia aquí el desarrollo conjunto del Gundisalvo traductor de la mano del Gundisalvo filósofo, ambos uno mismo: las traducciones irán guiadas por su criterio de filósofo y su filosofía será configurada bajo numerosas traducciones que debían tener cabida en ese tiempo y en ese lugar; solo que necesitaban encontrar la manera exacta de hacerlo.

En definitiva, Toledo conquistó de su mano todo Occidente, deslumbrando con su riqueza erudita, sus exquisitos procedimientos de traducción, su intensa difusión de obras y su

tolerancia cultural.

Se asimilaron conocimientos arábigo-judíos y se dieron a conocer a los pensadores griegos más doctos, cosa que no cayó en saco roto pues a raíz de estas nuevas adquisiciones intelectuales se desarrollaron nuevas posiciones filosóficas y se dejó de condicionar el saber.

4. La lengua materna como lengua científica: el fin de las traducciones latinas.

Lo cierto es que si a lo largo de los siglos anteriores al siglo XIII la lengua latina estaba en pleno auge como lengua científica, a partir de entonces esto cambió significativamente. La lengua latina cayó en descrédito y ahora lo escrito en latín era de poca valía. Se había llegado a tal convergencia de culturas que las lenguas cultas previamente establecidas como tales ya no servían para dar difusión a las ideas incluidas en los textos que se traducían.

Aparecerá por primera vez la lengua romance escrita en textos o bien originales o bien textos traducidos del árabe.

El siglo XIII estará marcado por Alfonso X El Sabio al igual que el siglo XII vio pleno esplendor de la cultura gracias al arzobispo Raimundo.

Es importante reconocer un extraordinario avance que ahora, en lugar de darse en las inmediaciones de la Catedral de Toledo, fijamos su epicentro en la Corte Real. En este momento, además de empezar a introducir la lengua materna como lengua científica, se comienza a dar visibilidad cultural y lingüística a los habitantes que cargaban sobre sus hombros el peso de la unión de culturas y su inherente contaminación. Así se hizo mucho más fácil la lectura de textos entre los círculos que no estaban afianzados en los ambientes más cultos.

El Rey Sabio, como era llamado Alfonso X, inyectó en la población la curiosidad por conocer lo que hasta el momento había estado oculto. Tras una época en la que tal vez solo se traducía lo que era considerado correcto y se llegaban a tener distintas traducciones siempre de las mismas obras. ¿Qué pasaba con el resto? Pues bien, ahora todos los temas eran de interés cultural, y la proliferación de traductores y traducciones fue inconmensurable.

El rey Alfonso X sabe dirigir y estimular. Se rodea de hombres competentes y reúne en una empresa común a judíos y musulmanes, conversos y cristianos. No existe discriminación de raza o religión. El trabajo es el mismo y el fin también. Se traduce todo (Brasa, 1996: 46)

Esto es sobre todo lo demás, lo más importante sin duda. Porque es lo que precisamente buscamos en esta indagación: que la interculturalidad no solo es necesaria sino que además es posible. No es una utopía.

Encontramos en pleno siglo XIII a un monarca para el cual una de las primeras ocupaciones dentro de su política era la difusión de la cultura a través de la curiosidad que nos causa lo desconocido. Cambiamos el miedo a que otros usurpen nuestro cómodo lugar en el mundo, en un mundo aparentemente diseñado para los más fuertes. Lo importante ya no era mantener la posición de superioridad usando como medio inculcar al ignorante pavor hacia lo que viene de fuera, considerándolo una amenaza y no una oportunidad de engrandecimiento cultural, social y, por qué no, también personal.

Era, entonces, de importancia eliminar el último paso del proceso de traducción que exigía que los textos fuesen difundidos en latín. Si la lengua romance era el punto de encuentro, si la lengua romance suponía esa unión lingüística entre culturas... ¿Cuál era el motivo que impedía usarla como lengua culta? Nos desprendemos así de los tópicos impuestos por los antiguos medievales que defendían la lengua latina como único medio de expansión de la sabiduría y de formación de los teóricos, pensadores y filósofos.

Ya no solo interesan únicamente los aspectos científicos sino que se comienzan a traducir también textos literarios y religiosos, siendo estos últimos los que causaron más controversias. Era de una lógica pasmosa que los cristianos medievales se sintieran confundidos ante un soberano que dirige a su equipo de traductores y especialistas hacia caminos nunca antes explorados, como fue la traducción del Corán y otros textos sagrados musulmanes y judíos.

Ponemos en relieve la repercusión que en la cultura tiene la política llevada a cabo en el momento. Si anteriormente poníamos de manifiesto la importancia de la influencia de factores contextuales positivos, ahora queremos destacar este aspecto de la política.

La cultura es fiel reflejo de las políticas llevadas a cabo por los gobernantes ya que cada época histórica es reseñable por motivos distintos y no muchas de ellas sobresalen por su condición de esplendor cultural.

Existieron monarcas que pusieron todo su empeño en la conquista de ciudades, otros cuya determinación se fijaba en la recaudación y acumulación de bienes materiales, otros tantos afiliados a los dogmas de determinada religión y basaban todos sus esfuerzos en la imposición de sus dogmas, etc.

Y de entre ellos, despunta Alfonso X como Rey Sabio que además de rodearse de buenos colaboradores que componían un sofisticado equipo de traductores, filósofos y teóricos, también formaba él mismo parte del grandioso proyecto que impulsó. Escribió sus propias obras además de la revisión y corrección de otras tantas, también participó en la elección de obras y ocupaciones más sensibles.

Si es cierto que el rey Alfonso se servía de colaboradores, también lo es que el propio rey participaba directamente en la dirección y redacción de sus obras. [...] El rey estaba rodeado de eruditos, pero en nadie renunciaba a la hora del trabajo más delicado, pues la selección de los libros «más verdaderos o mejores», solo es suya, como suya es también la responsabilidad de «poner todas las fechas señaladas» (Brasa, 1996: 47)

Si en un primer momento la ocupación principal era la traducción siguiendo fielmente los métodos antiguos, más adelante seguirán su propio sistema, escribiendo no solo en latín sino también en lengua romance y en castellano, cada vez con más abundancia.

Las traducciones se vuelven proyectos exquisitos y complejos ya que llegados a este punto en el que se ha recorrido parte importante del camino, ya no solo es sustancial dar a conocer los manuscritos a costa de hacerlo de cualquier forma, sino que ahora debemos dar pasos hacia adelante.

Ir más allá significaba ser escrupulosamente fieles a las obras originales y aplicarle minuciosas correcciones hasta que el trabajo realizado fuese un espejo donde los originales podían mirarse con total pulcritud.

En definitiva, lo que se nos ha brindado a través de esta magistral descripción de las «escuelas alfonsíes», es la viva imagen de una labor de equipo a cargo de unos «ayuntadores», amanuenses, ilustradores, etc. [...] Ambiente de convivencia y colaboración revelador de una realidad social y unas relaciones humanas harto más profundas y personales (profesionales y amistosas) que las tan reiteradamente ensalzadas de tolerancia entre mozárabes, mudéjares, judíos, francos, cristianos en general, etc., componentes de la población toledana de la época (Benito, 2000: 26)

En este segundo periodo también encontramos un portentoso crecimiento de obras originales porque ya no solo es primordial traducir lo que no se conoce sino trabajar en ello y continuar el legado que nos dejaron.

No sin dificultad, ya que cuando asistimos a los inicios de las traducciones al castellano, nuestra lengua todavía no está preparada para soportar la complejidad conceptual de lenguas que llevaban siglos instaladas entre la población y que fueron efectivamente perfeccionándose al ser consideradas lenguas cultas.

El castellano no estaría en ese momento a la altura del latín o del árabe, y por eso, nuestra lengua es un compendio de lenguas y culturas. Una lengua que con lo siglos se ha ido haciendo rica, sabiendo adquirir conceptos de otras lenguas y admitiendo así que era una lengua ávida de conocimiento dispuesta a encontrar en otras culturas.

5. Conclusiones.

Como se ha visto a lo largo de esta investigación, todavía son muchos los prejuicios que debemos tomarnos la molestia de desmontar a base de atesorar información y transformarla creativa y reflexivamente.

Debido a esto mismo, no nos hemos querido resistir a dejar plasmados aquellos que hemos pretendido, cuanto menos, dejar en suspenso.

A veces, los mitos no se desmontan sino que con el paso del tiempo se enquistan dando paso a tópicos que se aceptan sin más. El primero de ellos, al cual nos enfrentábamos sin un ápice de miedo era a la tenebrosidad de la Edad Media.

Dejando a un lado esos resquicios por los que aún encontramos esa negrura medieval, nos centramos en ejemplos de enaltecimiento cultural que fueron joyas envueltas en tinieblas. Siendo dos de ellas Bagdad y Toledo como banderas de interculturalidad y diálogo entre tres grandiosas culturas.

Atendemos, pues, a una época histórica que nunca pretendió ser lo que no fue y que buscó fuera de sí misma lo que no encontraba entre sus cajones repletos de antiguas obras. No fue un renacimiento frustrado sino las primeras tablas de un puente que llega hasta nuestros días y del cual tenemos el formidable orgullo de conservar en nuestra tierra como las raíces de un árbol milenario.

Toledo tiene todavía en sus calles ese susurro medieval que puede escucharse en los aledaños de su imponente Catedral. Allí, en la oscuridad de la noche, aún nos puede iluminar el Dios de Israel representado en una menorá judía. Un Dios que tiende su mano a los que portan un rosario en las suyas y que atiende los rezos orientados hacia la Meca, porque habla árabe al igual que latín.

Era este el halo de respeto y acercamiento que pretendíamos transmitir y, aún cuando solo lo hayamos conseguido con una sola persona que se detenga a comprendernos, habremos logrado nuestro propósito.

Con todo ello, hemos realizado no pocas precisiones en torno a la existencia de la Escuela de Traductores como institución, para concluir la importancia de su contenido por encima de su estructura formal. Que no es preciso contar con un saber institucionalizado y ordenado para emprender grandes creaciones, y que por el contrario, es de imperiosa necesidad emprender nuevos proyectos a través de arduos caminos para llegar a lo que hoy hemos recibido como legado.

El ejemplo perfecto lo encontramos en Domingo Gundisalvo, quien dejase tras de sí la estela inconfundible de interculturalidad toledana.

Con él asimilamos que tampoco es imprescindible dejar tu nombre grabado en piedra para la posteridad si lo que realmente te mueve es el saber. En ocasiones de una forma, en ocasiones de otra, y quizá en otras muchas ni tan siquiera dejase su huella escrita.

Su donación al mundo filosófico y cultural fue mucho más importante que su vida y que su nombre.

Nos alejamos de esta forma de la soberbia implantada por muchos que nos precedieron y por otros que siguieron ese camino, de pretender alejar del mundo real todo aquello que tuviese relación con el raciocinio, para dejar la fama en manos de unos pocos elegidos que pensaron más en pasar a la posteridad como nombres que como sabios.

La filosofía tiene por cometido hacer llegar al mundo un espíritu crítico, limpio de ese engreimiento que se burla del ignorante solo por no tener en su mano la posibilidad de crecer intelectualmente. Tenemos la responsabilidad de bajarla de los pedestales inalcanzables en los que un día la elevaron, no por engrandecerla sino con el fin hacerla inaccesible.

Es precisamente esto lo que nos encontramos en Toledo, a lo largo del siglo XII y que continuó en el siglo XIII, una ciudad sumida en la cultura que no tuvo escrúpulos a la hora de aproximarse a lo prohibido.

Pese a que aún era pronto para que el pueblo despertase de su letargo y pudiese acercarse a los estrechos círculos eruditos de la época; contemplamos desde la lejanía los primeros pasos hacia ello, motivados por una política interesada por lo proveniente de fuera, encontrando su apoyo en primera instancia en arzobispos y hombres de la Iglesia y posteriormente en el Rey Sabio, Alfonso X, quien no dudó en recoger la herencia obtenida y continuar su fulgor todavía vivo.

Apreció el proyecto emprendido por otros; una creación de tales dimensiones que era impensable dejar extinguir y que, por el contrario, precisaba un nuevo empuje.

Organizar lo que siglos antes se había llevado a cabo de forma desordenada y casi aleatoria, dirigir desde un epicentro toda una red sistemática de intelectuales especializados en distintos ámbitos, desarrollar una política emprendedora de nuevos avances filosóficos y formar parte activa del proceso en todo momento.

Esta es la razón por la cual hemos dirigido nuestras miradas a Toledo como precedente de interculturalidad.

Porque encontramos en el suelo firme que aún pisamos el ejemplo de consonancia entre culturas; todas ellas danzando a un mismo ritmo, hacia un mismo lugar.

Hemos intentado ofrecer una panorámica objetiva del impacto filosófico que tuvo la labor de traducción y por esto mismo nos decantamos por concluir esta investigación con una breve pero importante alusión a las traducciones alfonsíes.

Y, con todo ello, nos hemos servido de la Edad Media para insuflar esperanza a quien nos lea, porque aún en la época considerada más oscura de la historia hubo lugar para la comprensión y el ingenio.

No podemos enfrentarnos a la barbarie que, desgraciadamente, existe en el mundo de forma individual, sin contar con las personas que conviven a nuestro lado. La interculturalidad es posible y además es necesaria para defendernos de los ataques que constantemente atentan contra la humanidad y los derechos más fundamentales.

Digan lo que digan, hagan lo que hagan, seguiremos hacia adelante como personas libres y ciudadanos luchadores. Conseguiremos hacer entre todos una educación eficaz para que niños y niñas en el futuro no tengan por qué conocer en primera persona el horrible significado de la palabra terrorismo.

Porque no permitiremos que la crueldad tome por nombre ninguna cultura, ninguna religión. No en el nombre de inocentes que tratan de vivir en paz.

Al final, dicen que las grandes historias no son más que palabras. En este caso, palabras árabes, latinas, hebreas. Escritas con grafía firme en lengua romance o en castellano antiguo. Tan llenas de vida como de antigüedad, esperando que alguien se fije en ellas y tome nota de lo que todavía les queda por enseñar.

Qué bonito sería cuidar de un espacio creado por nosotros a partir de otros.

□ **Bibliografía citada y consultada:**

- Al-Himyari. (1963). "*Kitab Raud Al-Mitar, (Jardín perfumado)*" Ed. y trad. E. Lévi-Provençal, Leiden, 1938. Trad. esp. M^a Pilar Maestro González, Valencia.
- Allard, M. (1962). *Les Chrétiens à Bagdad*. Arabica, 9.
- Benito, E. (2000). *Ámbito y ambiente de la " Escuela de Traductores de Toledo*. Espacio Tiempo y Forma. Serie III, Historia Medieval, (13).
- Brague, R. (2013a). *Mitos de la Edad Media. La filosofía en el cristianismo, el judaísmo y el islam medievales*. Trad. Sebastián Montiel. Editorial Nuevo Inicio, Granada.
- Brague, R. (2013b). *En medio de la Edad Media. Filosofías medievales en la cristiandad, el judaísmo y el islám*. Trad. Antonio Lastra y Víctor Páramo Valero. Editorial Encuentro, Madrid.
- Brasa Díez, M. (1996). *Métodos y cuestiones filosóficas en la Escuela de Traductores de Toledo*. Revista Española de Filosofía Medieval, 3, 35 - 49.
- D'Ancona, C. (1996). *La casa della Sapienza. La trasmissione della metafisica greca e la formazione della filosofia araba*. Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, Napoli.
- Fidora, A. (2000). *La metodología de las ciencias según Boecio: su recepción en las obras y traducciones de Domingo Gundisalvo*. Revista española de filosofía medieval, 7, 127-136.
- Fidora, A. (2002). *Nota sobre Domingo Gundisalvo y el Aristóteles arabus*. Al-Qanṭara, 23 (1), 201-208.
- Fidora, A. (2009). *Domingo Gundisalvo y la teoría de la ciencia arábigo-aristotélica*. Trad. Lorenzo Langbehn. Ediciones Universidad de Navarra, S.A (EUNSA), Navarra.
- Gargatagli, M. (1999). *La Escuela de traductores de Toledo*. Quaderns: revista de traducció, (4), 9-13.
- González, D. H. (2007). *Escuela de Traductores de Toledo*. Infodiversidad, 11, 77-88.

- Huntington, S. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Trad. José Pedro Tosaus. Paidós, Barcelona.
- Jourdain, A. (1843) *Aristote, et sur des commentaires grecs ou Arabes Employés Par les Docteurs Scholastiques*. Forgotten Books, Londres.
- Márquez, F. (1996). «*In Lingua Tholetana*». En *La escuela de traductores de Toledo*. Diputación Provincial de Toledo, p. 23-34.
- Menéndez Pelayo, M. (1956). *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid: BAE. 2 vol.
- Menéndez Pidal, R. (1956). *España, eslabón entre la Cristiandad y el Islam*. Madrid.
- Nausbaum, M. (1999). *Los límites del patriotismo. Identidad, pertenencia y "ciudadanía mundial"*. Trad. Carme Castells. Paidós, Barcelona.
- Parain, B. (1972). *Historia de la Filosofía. Del mundo romano al Islam medieval*. Trad. Pilar Muñoz, José M^a Álvarez y Pilar López. Siglo XXI de España Editores, S.A. Madrid.
- Parain, B. (1974). *Historia de la Filosofía. La filosofía medieval en Occidente*. Trad. Lourdes Ortiz. Siglo XXI de España Editores, S.A. Madrid.
- Renan, E. (1992). *Averroes y el averroísmo*. Trad. Héctor Pacheco. Hiperión, Madrid.
- Tornero, E. (1992). *Al-Kindi. La transformación de un pensamiento religioso en un pensamiento racional*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Saranyana, J. (2001). *Breve historia de la filosofía medieval*. Ediciones Universidad de Navarra, S.A (EUNSA), Navarra.
- Saranyana, J. (2007). *La filosofía medieval*. Ediciones Universidad de Navarra, S.A (EUNSA), Pamplona.
- Vegas, S. (2005). *Significado histórico y significación filosófica en la revisión de los planteamientos concernientes a la Escuela de Traductores de Toledo*. *Revista Española de Filosofía Medieval*, 12, pp. 109-134.